

AMARGURAS

DE LA VIDA.

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

D. Andres Avelino de Oribuela.

*Representado por primera vez en Barcelona en el Teatro Principal por el mes de
Noviembre de 1848.*



BARCELONA,

IMP. Y LIB. DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE MAYOL, EDITORES,
CALLE DE FERNANDO VII, NÚM. 29.

1848.

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera Teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se. D. Francisco José Orellana :

Amigo mio : por mas de un título eres acreedor á que te dé un testimonio de aprecio : dedicándote este drama , doy una débil muestra del que me mereces. Admítelo tambien , como un recuerdo de la buena amistad que te profesa

Andrés Avelino de Orihuelá.

Personas.

El duque de VROCLIN, bajo el nombre de Ricardo : 20 años.

El marqués de GOUTHIER : 46 años,

DORVAL, consejero del tribunal civil de Paris : 46 años.

MATILDE DORVAL : 18 años.

JORGE, mayordomo del marqués : 44 años.

JULIA BLEY : 40 años.

JUSTINA DICK : 20 años.

DAVID, médico : 30 años.

FANY : 20 años.

BETTY : 40 años.

BERTRAN, criado del marqués : 60 años.

FERMIN, conserje del tribunal : 50 años.

Un enmascarado.

Un labrador.

Hombre 1.º.

Hombre 2.º.

Un montero.

Otro conserje del tribunal.

Un notario. — Dos médicos. = Dos enmascarados. -- Dos monteros. — Una enfermera. — Convidados. — Criados del marqués. — Gentes del pueblo. — Soldados.

La accion pasa en Francia en 1770.

¡AMARGURAS DE LA VIDA!

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un magnífico salon gótico adornado con el mayor lujo: puerta en el fondo, á la derecha é izquierda del espectador. Á la derecha otra mas pequeña secreta y practicable. — Un reló de sobremesa, dos candelabros con luces sobre la chimenea, una mesa—escritorio.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, UN CRIADO.

(El marques sentado junto al escritorio como sumergido en las mas profundas reflexiones.)

CRIADO. *(Entrando)* Monseñor! los médicos acaban de llegar de Paris. Aguardan el permiso...

MARQUES. *(Levantándose con prontitud)* Decidles que entren.

ESCENA II.

EL MARQUES, DAVID, DOS DOCTORES.

MARQUES. Aguardaba, señores, con la mayor ansiedad, vuestra llegada. Se trata de que veais el modo de salvar de la tumba á mi pupilo el duque de Vroclin.

DAVID. Señor marques, podeis contar con el socorro de nuestra profesion y con nuestros esfuerzos.

MARQUES. Desgraciadamente, la enfermedad que lo devora vá haciendo muy rápidos progresos. Hoy está mi Julio estremadamente abatido, y me ha hecho concebir serios temores. Entrad. *(Señalándoles la puerta de la derecha por donde entran los otros dos médicos, primeramente.)* Confio en los conocimientos que todos os confiesan...

DAVID. Veamos.

MARQUES. Suplico especialmente, que si peligra, nada se me oculte; y que no se perdone cuanto pueda hacerse por la curacion de ese jóven. Yo mismo... *(Conduciendo á David.)*

DAVID. Permitidme señor marques: el natural interes que os tomáis por el enfermo, nos pone en la necesidad de esgigros que nos de-

jeis solos á su cabecera, para que podamos esplicarnos con toda la franqueza indispensable. *(Se dirige á la puerta, por donde entraron los compañeros.)*

MARQUES. En buen hora, señor doctor: esperaré. Pero, sea cualquiera el juicio que formeis...

DAVID. El doctor David, os satisfará. *(Entra en la cámara del enfermo.)*

ESCENA III.

EL MARQUES.

Si lograrán salvarlo, Dios mio!... Muerto Julio, el deshonor, la ruina ha de envolverme (para siempre.... Entre orgías, crápula y prostitucion, he malversado quinientos mil francos del patrimonio de mi pupilo... mis bienes no bastan para reparar esa falta, y el señor Dorval consejero del tribunal civil de Paris, que debe pedirme las cuentas de mi administracion representando á su hija la heredera, habrá de ser incesorable. Oh! no veo mas ánкора de salvacion ante mis ojos, que la fuga... Miserable recurso...! Sin embargo no sé que presentimientos me animan, recordando las últimas palabras que me dijo mi mayordomo Jorge, antes de salir para Paris... Aseguró que me salvaría á toda costa, contando conque era imposible que mejorase Julio... Pero hace tres días que marchó y no he tenido noticia suya... Verdad es, que él, origen de mis extravíos y compañero en mis disipaciones, está tan interesado como yo en que no se descubran.

ESCENA IV.

JUSTINA, EL MARQUES.

JUSTINA. (*Entrando por la puerta del fondo con alguna timidez.*) Señor marques!

MARQUES. Eres tú, buena Justina.

JUSTINA. Hace ocho días señor marques, que sin embargo de mis deseos no me dejan entrar en la cámara del señor Julio. Aunque yo sea la hija del conserge de este castillo, no por eso le quiero menos y él me quiere como á una hermana: su enfermedad se prolonga, y yo quisiera asistirlo también: estoy cierta, que de mi mano tomará cuantas medicinas se le dispongan. Me permitiréis que lo vea?

MARQUES. Es imposible, Justina: están los médicos en junta y no debe interrumpírseles.

JUSTINA. (*Llorosa*) Esos tres señores vestidos de negro que acaban de llegar de París?

MARQUES. Sí, Justina: confiemos en que Dios se apiadará de nosotros. Espérate en el salon prócsimo y acaso podrás verle.

JUSTINA. (*Dirigiéndose á la puerta de salida llorosa.*) Que bueno sois señor marques. (*Volviendo*) Ah! se me olvidaba! Esta carta, la acaban de traer de París.

MARQUES. Veamos.

JUSTINA. Tomad.

MARQUES. (*Aparte*) Cielos! de Jorge. (*Alto*) Justina, déjame.

JUSTINA. Señor marques, voy á esperarme en el salon inmediato.

MARQUES. Bien, bien: necesito estar solo.
(*Vase Justina.*)

ESCENA V.

EL MARQUES.

Una carta de Jorge! que me dirá?... (*La abre y lee*) «Etais salvado! (*Se interrumpe*) «Salvado! (*Continúa*) estais salvado! Esta noche precisamente vuelvo á ese castillo: tengo conmigo la llave de la puerta pequeña del parque, y podré entrar sin ser visto por el «subterráneo que conduce á la gruta de las «rocas. A las diez en punto, acercáos á la «puerta secreta que comunica con el gran salon:» (*Representa*) Es esta. (*Lee*) «Oireis la «señal de costumbre: entonces, me responderéis antes de abrir, lo que me acreditará que «estais enteramente solo. No oyendo yo la señal de respuesta, entenderé que estais con

« otras personas y me volveré á París inmediatamente lo que haria vuestra ruina inevitable. » — Jorge. — Que misterio...!! Dice que estoy salvado.... (*Quema la carta*) No comprendo... (*Mira el reloj*) Falta un cuarto de hora. Pronto saldremos de dudas.

(*Los médicos salen de la cámara.*)

ESCENA VI.

EL MARQUES, DAVID, DOS DOCTORES.

MARQUES. (*Adelantándose con ansiedad*) Y bien, señores?

DAVID. Siento en el alma, señor marques, que nuestra ciencia no nos permita concebir esperanzas de ninguna clase. El jóven duque ha llegado al último período.

MARQUES. Dios mio! Dios mio!

DAVID. Nuestra permanencia es inútil, no le resta una hora de vida. (*Salen los médicos, David sigue á sus compañeros.*)

MARQUES. Cruel sentencia!! (*Deteniendo á David*) Y no le ordenais nada señor David?

ESCENA VII.

EL MARQUES, DAVID.

DAVID. Solo pudiera disponerle un medicamento...

MARQUES. Segun eso, tenéis esperanzas?

DAVID. Por el contrario: temo precipitarlo en la tumba... como no suceda un milagro...? pero no tengo ni remota esperanza. Es ya muy tarde!

MARQUES. Pobre Julio! sin embargo, señor doctor, apuremos ese recurso: si estais cierto que no hay otro remedio, probemos á lo menos...

DAVID. Toda tentativa es desesperada: con todo voy á recetar el remedio para mi mas terrible. (*Se dirige al escritorio y escribe.*)

MARQUES. (*Tira del cordón de una campanilla y entra Justina.*) — Volad mi querida Justina, á la botica del castillo y que sin pérdida de momento traigan esa medicina.

(*El doctor entrega la receta.*)

JUSTINA. Al momento. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DAVID, EL MARQUES.

DAVID. No quisiera, señor marques, que concibieseis una esperanza que pronto ha de

desaparecer: considero el dolor que os causará la pérdida del joven duque....

MARQUES. Con todo, os agradezco en el alma el interes que os tomáis: pero decidme: ¿los efectos de esa pocion, han de aguardarse mucho tiempo?

DAVID. Pueden manifestarse un segundo despues de haberla tomado, ó algunas horas mas tarde por extraordinario... La naturaleza es la que ha de obrar: la ciencia nada puede. Con que....
(Retirándose.)

MARQUES. Qué! nos abandonáis?

DAVID. Respeto en mucho la experiencia de mis dignos compañeros: estamos convencidos, que no hay salvacion para el enfermo; y seguros de que no ha de haber éxito favorable, no me atrevo á dejar órdenes de ninguna clase. Mi presencia es inútil. Resignacion y paciencia!

MARQUES. Dispensad que no os acompañe....

DAVID. Gracias. De ningun modo permitiré....

(David saluda y sale por donde se fueron los otros dos médicos: el marques lo acompaña asta la puerta y vuelve despues à la escena. Justina entra con una redoma que contiene la medicina.)

ESCENA IX.

EL MARQUES, JUSTINA.

JUSTINA. (Sin detenerse.) Aquí está, señor marques!

MARQUES. Dásela tu misma.

JUSTINA. Dios mio! si habré llegado á tiempo?
(Entra en la cámara del enfermo.)

ESCENA X.

EL MARQUES.

Llegar á tiempo! Será eso posible...? Dios mio! (Volviendo la vista al gabinete del duque) No hay esperanza. (Se acerca y mira ácia dentro) Ahí estás, pobre Julio! En el lecho de muerte!... Levanta la cabeza... Ya acerca la pocion á sus labios... La tomó... Dentro de un segundo tal vez... oh!!! (Vuelve á la escena) Cuando el médico lo abandona; cuando no ha querido esperar el éxito, muy convido está de que no hay remedio...! (Vuelve á observar) No hace ningun movimiento.... Mi

deshonra se apróxima... Ah! una fuga ó el suicidio, son los únicos recursos que tengo ante mi vista..! El marques de Gouthier no debe comparecer ante los tribunales.... Y el de la opinion pública que vá á juzgarme en breve?... Oh! esto es horrible...! Sí, muy horrible!!! Jorgè, Jorge, tambien tu me abandonas...!

(Se sienta en un sillón como agoviado por el pesar.)

ESCENA XI.

EL MARQUES, JUSTINA, UNA ENFERMERA VARIOS CRIADOS.

(Se oye un grito de dolor; despues entra Justina pálida y llorosa, los que van indicados entran tambien manifestando el mayor sentimiento. El marques se levanta sorprendido y temeroso al oír el grito.)

MARQUES. Cielos! que ruido!!! (A Justina viendola entrar.) Qué!!!

JUSTINA. Ha muerto el señor duque!!

MARQUES. Muerto! Dios mio!!

(Cae en un sillón y se cubre la cara con las manos.)

JUSTINA. Oh! bebida fatal! Y yo misma se la he hecho tomar... Desdichada! He venido para preseneiar tan funesto acontecimiento.

MARQUES. (Desesperado) Justina! Justina! déjame. (A los demás, marcando la intencion con que mira el reloj) Salid todos y no volvais hasta que os llame, salid.

(Justina y los otros se retiran llorando.)

ESCENA XII.

EL MARQUES.

(Permanece en el sillón como agoviado por el mas intenso pesar. El reloj toca diez campanadas: pero despues se oyen distintamente detras de la puerta secreta que hay practicable en la ensambladura tres palmadas: entonces se levanta.)

Cielos! La señal!

(Cierra la puerta de la derecha y la de la izquierda, despues responde con otras tres palmadas: toea el resorte, se abre la puerta secreta y entra Jorge.)

ESCENA XIII.

JORGE, EL MARQUES.

MARQUES. Has llegado muy tarde: el duque acaba do espirar!!

JORGE. Pues no pude venir á mejor ocasion. Precisamente si hubiera llegado antes, mis planes se habrian entorpecido, y mi proyecto de salvaros hubiera sufrido un buen trastorno.

MARQUES. No te comprendo... Ignoras la ruina en que nos vemos envueltos con la muerte de mi pupilo?

JORGE. Por el contrario: estamos en salvo. El duque vive!!

MARQUES. Que quieres decir?

JORGE. (*A media voz.*) El duque vive!

MARQUES. Te burlas de mi suerte?

JORGE. (*Con misterio.*) Silencio... Esperaos... (*Registra la escena, rectifica si están bien cerradas las puertas.*) Estamos solos?

MARQUES. Con mi desesperacion.

JORGE. Os repito que el duque vive.

MARQUES. Villano, quieres burlarte?

JORGE. Mirad.!

(*Lleva al marques hasta la entrada de la puerta secreta.*)

MARQUES. Cielos! Estoy soñando?; Que prodigio de semejanza! Es el vivo retrato de mi Julio! ¿Que quiere decir eso?

(*Jorge carga en brazos á Ricardo que parece venir narcotizado y lo coloca en el sillón que estará junto al escritorio.*)

JORGE. Silencio! (*Escamina un momento el semblante de Ricardo.*) Todavía permanecerá algun tiempo en ese estado de sopor... Podemos hablar con toda confianza, porque lentamente es como volverá del letargo...

MARQUES. Esplicame lo que me sucede! Gran Dios! Juraria que ese jóven es el mismo duque de Vroclin, mi pupilo.

JORGE. ¿No es cierto que á su vista convendrán todos en que es el mismo duque? Pues, oidme. Convencido que no podria lograr su curacion vuestro pupilo, he puesto en planta el proyecto que una rara casualidad me sujirió, de presentaros otro en su lugar, que firme y autorice cuanto sea necesario para el arreglo de nuestros intereses; y con la recompensa, retirarme á un rincon de Inglaterra para espiar en él las faltas que llevo cometidas y de que estoy formalmente arrepentido. Esto es lo que deseo.

MARQUES. Pero, que intentas? Como has podido tú..? Yo estoy absorto!!

JORGE. Nada es imposible al hombre de ingenio, cuando se trata de la aseguracion de su porvenir. Convendreis en que la medida es extraordinaria; pero escuchadme, señor marques,

y os lo aclararé todo, contándoos la historia de mi plan, inspirado por el casual encuentro de este jóven. Hay mes y medio que hice un viaje á Paris de orden vuestra, para entregar una carta en propia mano al señor Dorval: cuando iba á entrar en su casa de la Plaza Real, llamóme la atencion este jóven, que estaba sentado con el traje que lo veis, sobre un banco de piedra que hay frente á los balcones, sorprendiéndome la extraordinaria semejanza que tiene con vuestro pupilo: y acordándome de ello, como al salir permaneciese todavía en el mismo lugar, fuí á sentarme á su lado y cambiamos algunas espresiones. Entrando en materia contóme, como nunca habia conocido á su padre, que hacia tres años habia abandonado á su madre, y colocándose de aprendiz de pintor en la calle de San Luis número 17. Os acordareis que á mi vuelta, os conté ese casual encuentro y os hice relacion de esto mismo?

MARQUES. En efecto: hago memoria...

JORGE. Yo nunca lo olvidé: me habia sorprendido como á vos esa identidad tan admirable.... Hace cuatro dias que el médico del castillo me declaró, preveía la catástrofe que acaba de suceder; y como la muerte del duque habia de rasgar el velo de algunas debilidades nuestras... ¿Somos verdaderos amigos, no es esto?

MARQUES. (*Ofendido*) Señor mayordomo, olvidas...

JORGE. (*Con frialdad*) En efecto, olvido, que desde el dia en que descubrí y favorecí las dilapidaciones del señor marques de Gouthier, en perjuicio del jóven duque de Vroclin su pupilo, el marques y yo nos hemos hecho mas que dos amigos... dos cómplices.

MARQUES. (*aparte*) Oh! es verdad! (*alto*) Pero concluyamos; ese jóven...?

JORGE. Oh! no hay cuidado: todo está prevenido. No podeis dudar de su semejanza con nuestro pupilo: pues oid. Me fuí á Paris, como sabeis, con solo la idea de buscarle; porque yo habia formado mis proyectos. Felizmente lo encontré en el mismo lugar, en contemplacion y mirando con mucho interés para los balcones de la casa del señor Dorval: lo saludé y me reconoció: la conversacion esta vez fué mas íntima. Advertí que este jóven abrigaba ideas de grandeza y ambicion, que demostraba una alma de temple muy especial, que ignoraba el nombre de su padre y que esperaba andando el tiempo ser reconocido como hijo de algun po-

ntado. Advertí tambien, que su educacion es muy superior á la clase á que parece pertenecer: todos estos antecedentes que coinciden con mis deseos, me determinaron; y en una palabra, con varios rodeos, ingeniosos por cierto, le hice entender que lo volvía á ver inmediatamente y con un motivo muy importante para él, lo eité para la mañana siguiente; el día de ayer. Fué esaeto.

MARQUES. Y qué plan?...

JORGE. Ahora vereis: continúo. Asistió á la clase. Dijele que por un accidente muy singular se habia penetrado del misterio de su nacimiento; pero que para revelárselo era indispensable que él se sometiese á todo cuanto habia de exigirle. Consideraos el efecto que habian esas palabras sobre la imaginacion de un joven de veinte años; y joven que naturalmente es ambicioso y que está locamente apasionado; porque olvidaba decirnos que está perdidamente enamorado.

MARQUES. Bien, vamos á lo que importa....

JORGE. Eso nos importa, señor marqués. El amor domina poderosamente en el hombre y le conduce á donde quiere. (*El marques observa con zozobra el semblante de Ricardo.*) No os temer. No os preeiseis... Yo, no he pasado mas que una vez en mi vida, y á fé de Jorge, hubiera ido hasta el fin del mundo por tener la mano de mi Julia... Oh! pero... lo conseguí mi objeto, y todo aquel ardor se calmó, y despues la saiedad y un día la abandoné... sin inquietarme que renunciaba con mi separacion á algo mas que á una querida. Nuestro héroe está todavía en el primer período... período de amor, de exaltacion: nos seguirá por todas partes con los ojos cerrados y...

MARQUES. Y sabe lo que vas á haer de él?

JORGE. Aun lo ignora. Eseuchad: se decidió seguirme: lo llevé á una casa de mi confianza, despues de haerle dar muchos rodeos al efecto en que íbamos; y en medio de proyectos de felicidad y de algunas copas de muy buena champaña, dí lugar á que despues no recibiese el narcótico que le hice tomar y que me servido para traerle á este salon sin que pudiera conoecer como ha hecho el viaje. ¿Que me dices?

MARQUES. Pero, y ahora?

JORGE. Ahora, le desenbriré el misterio de su nacimiento y lo convenceré que es el duque de Vroelin. Me parece que en esto todos estamos de acuerdo? Eh!

MARQUES. Ese proyecto es tan atrevido!..

JORGE. Tanto mejor.

MARQUES. Bien: convengamos en que puedes persuadir á este joven para que represente el papel que se le confia: ¿olvidará por eso, de todo punto, lo que ha sido y lo que ha hecho? ¿No hará traicion con sus palabras, con sus acciones?...

JORGE. Traicion? ; Oh tiene mucho talento!.. Además el amor impera en él... le he ofrecido la posesion de la muger que ama, y no se acordará de lo que ha sido.

MARQUES. Justina y mis criados han visto desalar el último suspiro al duque!

JORGE. Eso no importa. Se dirá que fué una crisis violenta con todas las apariencias de la muerte, y este probará que se ha salvado. (*Ricardo hace un movimiento como para despertar.*)

MARQUES. Cielos! ? Qué harémos?

JORGE. (*Ecsaminando el semblante á Ricardo.*) Todavía hay tiempo para tomar cuantas disposiciones sean necesarias. Apuesto á que dentro de quince días el nuevo duque de Vroelin se batirá, espada en mano, con todo el que niegue su ilustre nacimiento.

MARQUES. Cuentas con que nadie en el castillo conozca...

JORGE. Que han de conoecer!.. Vos mismo si no hubierais sabido nada de esto, al verlo... eh!... ¿Y presumir? ni por asomos. El duque haee mas de un mes que está... que estaba enfermo: dos personas, (*Señalando al marqués y á él.*) de toda confianza son las que están en el secreto y á su lado. El ayo está fuera: los criados del castillo no lo verán en largo tiempo.

MARQUES. Pero, y los demás?

JORGE. Teméis por los veeinos? Acá no vienen. Y en todo caso, yo le daré las mejores lecciones para que los conozca á primera vista, sus familias y hasta sus secretos: además una enfermedad como esa bien puede borrar en parte la memoria... No es cierto?

MARQUES. Y qué harémos con el cadáver del pobre Julio?

JORGE. A propósito: contadme el misterio de su nacimiento, porque puede favorecer en mucho para la historia que debo suponerle al nuevo duque.

MARQUES. En este salon precisamente vió la luz por primera vez. Su padre que era entonces marqués de Vroelin, se habia casado secretamente con una joven noble, pero sin for-

tuna. Este castillo le servia de asilo, y como el viejo duque venia á pasar en él frecuentemente las semanas enteras, el marques hizo arreglar esa habitacion secreta que comunica con el subterráneo que está á la entrada del parque. En esa cámara vivia la marquesa ignorada de todo el mundo, y en ella dió á luz á Julio. Muerto el viejo duque, el marques entró en la posesion del título y de los bienes de su señor padre, entonces hizo público su matrimonio y declaró á Julio por su hijo. Esta es la historia que me comunicó el que te dije que me reveló la existencia de ese gabinete secreto.

JORGE. Buena casualidad: en el mismo lugar en que nació van á ser depositados sus restos mortales. Impedid que nadie venga.

MARQUES. Estoy bien cierto que no vendrán á interrumpirnos.

JORGE. Pues bien, esta noche el cadáver del duque reposará tranquilamente en un subterráneo del castillo de sus mayores.

MARQUES. Qué! Osareis?...

JORGE. Hemos de tener dos duques? ¿Queréis conservar al muerto ó al vivo?

MARQUES Pero, tendrás valor?..

JORGE. Tendré valor... para salvarnos? (*Ricardo hace un movimiento.*) Silencio. El nuevo duque va á despertar: dejadnos solos: voy á acabar mi obra. (*Señala á la cámara del muerto.*) Retiraos á ese gabinete é impedid que nadie pueda entrar aquí.

MARQUES. Gran Dios! voy á contemplar el cadáver de mi pupilo, á acercarme al lecho de muerte... ¡oh! no me atrevo! procuraré escucharme su vista. (*Dirigiéndose.*)

JORGE. Vos me respondeis del duque muerto, yo os responderé del duque vivo. Pronto... ya despierta... salid. (*El marqués se retira á la cámara del duque.*)

ESCENA XIV.

JORGE, RICARDO.

RICARDO. (*Como saliendo de una especie de sonambulismo que desaparece gradualmente hasta despertar del todo.*) Matilde... Matilde!.. Yo soy noble... rico... poderoso... Me es permitido solicitar tu mano!.. Ah! Dime que me amas... que me has amado cuando solo era Ricardo....

JORGE. Bien: perfectamente. No ha despertado del todo y ya desempeña su papel.

RICARDO. Mis ojos se dilatan... ¡Que sueño

tan penoso acaban de disipar!.. Mis ilusiones de felicidad desaparecen!.. Mis ideas me vuelven.... (*Mirando en su redor.*) Pero, gran Dios!.. ¿Qué es esto?.. Donde estoy?

JORGE. En vuestro castillo, monseñor.

RICARDO. (*Admirado.*) En mi castillo!..

JORGE. Sí, señor duque.

RICARDO. ¿Me llamis, señor duque?.. Tengo un castillo? Yo!!! Yo soy duque?... Poseo un castillo!!!

JORGE. Lo dudais?

RICARDO. Esto es un sueño...! Dormiré todavía? No: no. Estoy despierto. No tengo ya la agitacion que padecía..! Sí: ya me acuerdo... Yo conozco este nombre. Tú eres el que viniste á buscarme al banco de piedra de la Plaza Real. Tú eres el hombre de las palabras misteriosas que han enjendrado en mi alma ideas de grandeza y de ambicion. Tú eres el hombre que ayer tarde me llevó...

JORGE. Si señor: en efecto.

RICARDO. Has querido burlarte de mí, porque tengo una imaginacion viva y ardiente; porque mi corazon está devorado por la mas asoladora de las pasiones! A qué me traes aqui?

JORGE. Para restituiros vuestro legítimo nombre de Julio de Vroclin, el título de duque, una inmensa fortuna y la mano de la muger que amais.

RICARDO. Dios mio! Será verdad lo que me dices? Debo creerlo? Oh! eso es imposible... ¡Yo estoy loco!!

JORGE. Volved en vos, señor duque. —Si quereis descansar?

RICARDO. Pero, que quieres tú?

JORGE. Yo, no quiero nada: dependo de vos.

RICARDO. De mí?

JORGE. (*Acercando un sillón.*) Señor duque, escuchadme con atencion.

RICARDO. Siempre, señor duque.... Habla.

JORGE. Ya conoceréis, que muy poderosos motivos me impulsaron á hablaros en la Plaza Real; y que yo me valí de una estratagema, para traeros dormido al castillo en que habeis nacido.

RICARDO. Segun eso, he nacido aqui?

JORGE. Dignaos prestarme la mayor atencion. Habia recibido la orden de buscaros.

RICARDO. De buscarme? A mí? A un pobre jóven que ignora á quien debe el ser? A mí, que hace tres años vivo en Paris olvidado de todos... porque hay tres años que abandoné á mi madre renunciando á sus caricias y á sus

consejos... Oh! quería encadenar mis ideas de obediencia y de independencia y desaparecí...! A quién es á quién buscabas! Quién podía echar de encima al pobre Ricardo?

JORGE. Vuestro tutor.

RICARDO. Mi tutor?

JORGE. De él recibí las órdenes de solicitudes. Ahora conozco la culpable intriga que por tanto tiempo os había separado de vuestro título y vuestras riquezas. (*Aparte*) El mejor novelista no justificará como yo la paradoxa. (*Alto*) El difunto duque de Vroclin, vuestro padre, tuvo dos hijos en un mismo día: el uno, con una manceba, y el otro con la mujer que le obligaron á aceptar por esposa. Determinó, que el hijo de su querida heredase el nombre, título é inmensa fortuna; y con respecto: el hijo de la manceba entró en el castillo, y el de la duquesa se le confió al cuidado de una muger mercenaria. Poco tiempo después murió el duque, encargando la tutela de su legítimo heredero al marques de Gouthier. Después de tres meses, que el marques encontró en secreto de un guardarropa un pliego sellado, escrito por la mano de vuestro padre, en el que confesaba cuanto os tengo dicho: encargaba que se os restituyese todo á cualquier costa, queriendo, segun sus palabras, ponerse salvo con su declaratoria de los remordimientos consiguientes al abandono que había hecho de su legítimo sucesor.

RICARDO. Pero, soy yo ese legítimo sucesor?

JORGE. Aguardad: En ese pliego, como digo, declaraba el duque bajo su firma con mas extension cuanto acabo de manifestaros. Como el deber del marques vuestro tutor, era honrar la memoria del difunto, pues que le había dado tan señalada prueba de confianza, confiándole el cuidado de su legítimo heredero; me encargó que emplease todos los medios posibles para averiguar el paradero de ese hijo tan justamente despojado. Ya desesperábamos de encontraros hasta que ocurrió la feliz casualidad de haberos visto en la Plaza Real. No nos queda duda de que sois vos; no solo por lo que me habeis contado de vuestro nacimiento, lo que está enteramente de acuerdo con lo que sabemos; sino tambien por la semejanza de vuestro semblante con el de vuestro padre, la edad que teneis, el tono de voz, las maneras, las ideas, en fin, todo, todo lo confirma.

RICARDO. Y ese hermano natural poseerá el título...?

JORGE. Ese hermano natural, acaba de morir: Esto felizmente escusa el escándalo que habría de darse, removiendo las cenizas de vuestro padre ante los tribunales, para acreditar que sois el verdadero duque.

RICARDO. Yo no comprendo...?

JORGE. Quiere decir que os sustituimos: y se hará entender que habeis mejorado gradualmente.

RICARDO. Eso no es posible Yo no puedo convenir....

JORGE. Como oponeros á la voluntad de vuestro padre? Además, qué interés pudiéramos tener en ello? Vamos vuestro tutor ó yo á arrancaros el título ó la fortuna? No pretendemos mas que cumplir como hombres de toda probidad con esa deuda tan sagrada, la voluntad de vuestro padre. Queremos escusar el escándalo que ocasionaría un pleito de esa naturaleza; y ya veis que no puede haber un motivo para inventar lo que ningun provecho proporciona á vuestro tutor ni á mí.

RICARDO. Conozco que yo soy el que reporta todas las ventajas...! Pero dime, y qué se exigirá de mí? Y mi hermano...?

JORGE. Vuestro hermano, que, como os he dicho, acaba de morir, era muy semejante á vos; por consiguiente nadie dudará que sois el mismo: os colocareis en su lecho y...

RICARDO. Yo; ocupar el lecho de un hermano que acaba de espirar? Oh eso es horrible!

JORGE. Y no hay otro remedio. El tiempo urge... Os decidís?

RICARDO. No... no! De ninguna manera.

JORGE. Renunciáis entonces para siempre á la posesion de la muger que amais?

RICARDO. Matilde... Oh! perderé á mi Matilde... y el consejero Dorval...

JORGE. (*Interrumpiéndole con prontitud*) Qué decidís? Matilde, la hija del consejero Dorval es.....

RICARDO. La conocéis?

JORGE. Es vuestra prima.

RICARDO. Mi prima! Con qué es á mi prima á quien he salvado la vida?

JORGE. Como!

RICARDO. El treinta y uno de mayo último, cuando el matrimonio del Delfin; en esa jornada que debió haber sido un día de festividad, y que solo fué una noche de luto para Paris, tuve la fortuna de libertar á Matilde de una muerte cierta y espantosa: su padre, que no estaba entonces en Paris, me envió una

gruesa suma por recompensa: yo la rehusé, y solo recibí de Matilde este anillo que estimo en mas que todos los tesoros del mundo.

JORGE. Admirame, señor duque, la mareha secreta de la Providencia, pues quiso fueseis el libertador de vuestra prima. Dudais aun admitir vuestro título? Renunciáis á Matilde?

RICARDO. Oh! Matilde! Matilde! Solo por tí me resigno...! Pero me casaré con ella? no es esto?

JORGE. Sin pérdida de tiempo. (*Yendo á abrir la puerta secreta*) Pero hareis cuanto se os prescriba guardando el mas profundo silencio sobre cuanto sabeis.

RICARDO. Mi palabra de honor.

JORGE. Corriente. Entrad aquí por algunos momentos: luego vendré á buscaros. (*Señala el gabinete por donde salió.*)

RICARDO. Enhorabuena: por mi Matilde cuanto se me ecsija. (*Entra.*)

ESCENA XV.

EL MARQUES, JORGE.

MARQUES. No puedo estar por mas tiempo cerca del desgraciado Julio: no he tenido valor para verlo. (*á Jorge*) Y bien?

JORGE. Estamos en salvo. He vencido todos los escrúpulos de mi héroe. El amor ha venido en nuestro socorro, y el duque de Vroclin,

gracias á mis lecciones, desempeñará su papel á las mil maravillas. (*Mirando en su redor*) Todo está tranquilo. Es necesario no perder tiempo. (*Dirigiendose á la cámara del duque muerto*) Cuando me sintais venir con el cadáver, abrid esa puerta secreta.

(*Entra en la cámara del muerto.*)

ESCENA XVI.

EL MARQUES.

Terrible situacion...! Respiro apenas...! Soy un miserable! Pobre Julio! vivo, te he arrancado una parte considerable de tu herencia, y muerto voy á despojarte hasta del nombre de tus padres. Siento pasos... Jorge se acerca.

(*Se dirige á abrir la puerta secreta.*)

ESCENA XVII.

EL MARQUES, JORGE.

MARQUES. Qué!

JORGE. (*En el dintel de la puerta de la cámara del duque.*) Deteneos! El enfermo respira todavía!...

MARQUES. Qué! qué decís? (*Con mucha zozobra.*)

JORGE. Sí... vive!!!

MARQUES. Ah! gran Dios!!!

ACTO SEGUNDO.

Jardin. — Á la derecha del espectador una glorieta con mesa en el centro y á su redor bancos de césped. Mas al fondo el ángulo de un torreon del castillo de Vroclin. Á la izquierda una habitacion sobre la altura de una roca que tendrá en el centro una puerta secreta oculta con algunos árboles. Al fondo una tapia de cuatro varas de elevacion con puerta en el centro. Bosque en lontananza. De la ventana del torreon estará colgado un pedazo de lienzo que figura estar escrito con sangre; pende de varias tiras de lienzo anudadas y estará visible á la altura de un hombre.

ESCENA PRIMERA.

BERTRAN, JUSTINA.

(*Salen de la habitacion que está sobre la roca.*)

JUSTINA. No me direis, Bertran, hasta cuando hemos de estar haciendo rodeos, y donde me llevais?

BERTRAN. Ya, á Dios gracias, hemos llegado, señorita Justina, al término de nuestro paseo: os advierto que solo de dia me atreveré á venir, pues, cuando me mandan es otra cosa.. porque entonces la obediencia...

JUSTINA. Pero bien, esplicadme que quiere decir todo esto. Cuando me visteis en el vesti-

culo del norte, me hicisteis señas para que os siguiese, y me habeis alejado de las habitaciones principales trayéndoime á este jardin con tanto misterio....

BERTRAN. (*Registrando la escena y á media voz.*) Porque voy á contaros... estamos solos?

JUSTINA. Lo creo: ya escucho.

BERTRAN. (*Toda la escena á media voz.*) Anoche fuí testigo de un acontecimiento raro... raro: extraño.... mas: extraordinario... cá no.... demoniado... De una aventura que os he querido contar en el mismísimo puesto en que pasó. Aquí... venid aquí. (*Se ponen lo mas posible frente del torreon.*)

JUSTINA. Pero de que se trata?

BERTRAN. Antes de todo, decidme; habeis oido contar historias de fantasmas, de gigantes misteriosos que se sienten y... puf, como el humo. De esos cuentos de castillos arruinados, asesinos, ladrones, y...

JUSTINA. Siempre vendreis con alguna majadería.

BERTRAN. Majadería, eh! majadería... ¿No creis en los aparecidos? No.... Vaya, vaya, pues digo que estais muy atrasada, mucho.

JUSTINA. Si os habeis creido que estoy loca.

BERTRAN. Pues yo no lo estoy y he visto uno.

JUSTINA. Como!

BERTRAN. Un aparecido.... un fantasma... pedazo que fantasma, huy...

JUSTINA. Pero donde?

BERTRAN. (*Señalando para la puerta secreta que está en la roca.*) Por allí se consumió... Y para mí dejó un olor á azufre que... ya... ya...

JUSTINA. Cuando?

BERTRAN. Anoche.

JUSTINA. Pero estais de broma?

BERTRAN. Broma! No juego yo con las cosas del otro mundo. Tan cierto que lo ví, como os estoy mirando.

JUSTINA. No será algun sueño?...

BERTRAN. Os digo la verdad por el alma de mi abuelo. Para soñar era menester estar dormido, y yo estaba demasiado despierto. Como que no pude acostarme en toda la noche.

JUSTINA. Pues como?...

BERTRAN. Voy á decíroslo todo. Ayer cuando acabé mis quehaceres por la tarde, me fuí al pueblo mas cercano; un cuarto de legua de aquí. Desgraciadamente me encontré un amigo que me propuso jugáscmos una partida á los centos apostando una botella de vino como premio del vencedor. Yo para eso me pinto so-

lo. Empezamos, y de partida en partida y de botella en botella dieron las once de la noche. Emprendo la vuelta... pero ya no podia con mi alma: andando unas veces, lo mismo que poco despues desandaba, porque me equivoqué muchas veces, llego al castillo; ya estaba alzado el puente levadizo. Entonces, y válgame mi práctica, emprendo otro camino, y, al cabo de muchos rodeos, me encuentro en ese bosque. (*Señalando el fondo.*) Escalar ese muro del jardin me pareció el único partido. Con mucha dificultad pude lograrlo. Y cuando caí de la parte interior, percibo á la débil claridad de la luna...

JUSTINA. Vamos, qué?

BERTRAN. Un hombre enmascarado, que llevaba una linterna sorda: se deslizó por delante de mí, precipitándose en seguida por entre esas rocas.

JUSTINA. Vaya una maravilla. Estabais muy cargado... y no es extraño.

BERTRAN. Muy cargado! eso sí: pero en mis cinco sentidos. Ah! no fué eso solo. Apenas me recobré de la sorpresa... Porque eso si.... con los aparecidos no tengo valor maldito. Tomé la calle de árboles que hay detrás de esas habitaciones, y cuando acababa de llegar al terraplen que domina el valle y la mayor parte de los fosos; sabeis lo que se me presentó á mi vista? Una luz azulada que salia de la ventana del torreon. (*Señalando.*) Ay.. ay.. ay.. ay..

JUSTINA. Qué teneis? Qué os ha dado?

BERTRAN. Decid tambien que estoy soñando ahora... No veis eso... Jesus, Maria y José.

JUSTINA. Qué? Vamos: me llenais de terror.

BERTRAN. Ese pedazo de lienzo que está pendiente de la ventana del mismo torreon.

JUSTINA. (*aparte*) Parece que en el castillo pasa algo extraordinario.

BERTRAN. Ya sabeis que ese torreon no tiene habitaciones, ni aun escalera, desde que se arruinó esa parte del castillo. Vámonos, vámonos. (*Se persigna.*)

JUSTINA. Veamos antes que quiere decir ese pedazo de lienzo.

BERTRAN. No: no os acerqueis. Dejadme á mí primero, recemos un avemaria por lo que puede suceder. Santa Maria Madre de Dios, ruega señora por nosotros pecadores, ahora y en la hora de la nuestra muerte amen Jesus. (*Arranca el lienzo y se lo da á Justina.*)

JUSTINA. Esto está como escrito en sangre. ¿Qué siento no saber leer!

BERTRAN. Con sangre! A ver. Cuando yo digo que en el castillo hay algun condenado! ; Oh! si yo supiera leer! (*Entra Jorge embozado y con máscara: reconoce á Justina y Bertran sin ser visto, guarda la careta y se desemboza aproximándoseles.*) Este es un misterio que debemos buscar quien nos lo aclare, porque... (*Jorge le arranca el lienzo de las manos, los dos dan un grito de sorpresa.*)

BERTRAN Y JUSTINA. Ah!

ESCENA II.

BERTRAN, JUSTINA, JORGE.

JORGE. Qué haceis aquí? Qué lienzo es este?

BERTRAN. (*Con miedo.*) Este lienzo?... Señor Jorge... Es un lienzo.

JORGE. Vamos, decid la verdad.

BERTRAN. Y este lienzo, que como digo, no es mas que un lienzo; me lo he encontrado.

JORGE. Encontrado! y donde?

JUSTINA. Allí colgado... No, debajo de ese torreón.

JORGE. (*Aparte despues de haberlo examinado.*) Escrito con sangre? Letra del duque!! (*Alto.*) Debajo de ese torreón: y lo habeis leído?

BERTRAN. Oh! no, señor Jorge; ambos ignoramos esa ciencia.

JORGE. (*Aparte.*) Respiro!!! (*Alto.*) Esto no es nada de importancia. (*Lo enrolla y lo arrolla como con desprecio.*) A otra cosa. (*Sacando una llave del bolsillo y dándola á Bertran.*) Tomad: abrid esa puerta que comunica con el bosque. El señor duque, ya restablecido de la cruel enfermedad que lo tuvo á las puertas del sepulcro, ha salido esta mañana á cazar y volverá á la caída de la tarde por ese lado del bosque.

BERTRAN. Pobre señor Julio! Milagro, y muy grande ha sido que se restableciese. Hace un mes que lo tuvimos por muerto... Se ven cosas muy raras!... Y como ha cambiado!... Hasta de costumbres!...

JUSTINA. (*Aparte.*) Con mucha indiferencia me mira desde que se ha puesto bueno.... Yo le daré mis quejas...

JORGE. Vamos, Bertran. (*Señalando á la puerta.*)

BERTRAN. Voy, señor Jorge. (*Se dirige á abrir la puerta del fondo y dice en voz baja á Justina.*) No digais ni jota sobre lo que os he

contado. A los habladores no los consienten en el castillo.

JUSTINA. (*Aparte.*) Me voy para escusar contestaciones. (*Justina sale por donde entró: poco despues la sigue Bertran.*)

ESCENA III.

JORGE.

(*Asi que salen Bertran y Justina, recoge el lienzo y lo desenvuelve.*)

JORGE. Veamos que quiere decir esto. (*Leyendo*) «Cualquiera que seais, sabed que hay «en esta torre un desgraciado jóven, violentamente detenido que os suplica lo pongais «en libertad. Al extremo de estas tiras de lienzo atad una lima con la que corte los hierros «de la ventana y una cuerda por la que pueda bajarne, y contad con una buena recomendación.» ; Ola! Monseñor! Así entreteneis el tiempo en vuestro encierro! En poco estuvo que diese al traste con mis proyectos. ; Qué difícil no hubiera sido mi posición, si este escrito cae en otras manos que las de Bertran y Justina! Oh! ya no es posible tolerar por mas tiempo dos duques á nuestro lado!.. Acontecimiento mas extraordinario! En el momento en que iba á sacar el que creia cadáver del duque, para llevarlo á la tumba de sus padres, vuelve á la vida... No atreviéndome á arrancársela, porque fiaba en que duraria pocos instantes mas, lo traslado inmediatamente á ese torreón por el camino subterráneo que solo yo conozco; y pongo en su lugar el nuevo duque. Vuelvo al día siguiente al torreón y encuentro á Julio que dá muy patentes señales de mejoría. Intento asesinarlo, pero... vacilo... ; oh! me horrorizaba ante su vista!.. Entonces cambio de plan, resuelvo alimentarlo presentándole encubierto á favor de esta máscara, mientras calculaba el mejor medio de deshacerme de su presencia, y hoy proyecta una evasión. El nuevo duque que se ha identificado admirablemente con el carácter que se le ha dado, cesije al tutor que le arregle el matrimonio con la hija del señor Dorval!.. Haberme yo mezclado en tal intriga! Es necesario adoptar un partido! Uno de esos dos duques debe ser sacrificado... Daremos la muerte al advenedizo... de otra suerte, se sabria todo antes de que pueda ponerme en salvo.... sí... sí, es lo mas acertado.

ESCENA IV.

EL MARQUES, JORGE.

MARQUES. Jorge, venia en tu busca.

JORGE. Me alegro veros.

MARQUES. Es necesario que Julio vuelva á la posesion de su título y que nos desambareemos de Ricardo á toda costa. Lo contrario es infamia mas abominable. Oh! hace mucho tiempo que maldigo mi culpable debilidad en haber asentido á tu odioso proyecto.

JORGE. Precisamente participo de vuestros nobles sentimientos, señor marqués: como que están de acuerdo con mis intereses. ¿Y qué medio creéis mas oportuno para que nos liberemos de Ricardo sin que se descubra nuestra conducta?

MARQUES. Todo lo he meditado. Ricardo ha lido á cazar?

JORGE. Si señor: él mismo dijo que á la caida de la tarde entraria en el castillo por esa puerta.

MARQUES. A propósito para mi plan.

JORGE. ¿Qué os habeis propuesto señor marqués?

MARQUES. No ignoras que estamos en el borde de un abismo. Yo no tengo valor para permitir, que ambos nos sepultemos en él.

JORGE. Lo creo: pero ¿que partido tomar?

MARQUES. (A media voz.) Tengo tres hombres de mi confianza dispuestos á cuanto se les pija... Una buena recompensa, y la responsabilidad personal de ellos hará que guarden secreto como la loza de un sepulcro...

JORGE. Disponéis un asesinato?

MARQUES. Chits. (Registra la escena.) Silencio. (Despues hablan un momento en voz baja, continúan á media voz.)

JORGE. Pero...

MARQUES. Esperas aquí la vuelta de Ricardo: entonces le invitas á que participe del refresco que le tendré preparado en esa glorieta. Dejas abierta la puerta que da al bosque; y así sea mas avanzada la noche, ó á la hora que te diré despues, porque quiero ser testigo del negocio: tocas este pito. (Entregándoselo.) Dada esa señal, tendrás esos tres hombres á tu disposición.

JORGE. No me intimido porque á mi vista lo asesinad...

MARQUES. Barbaro! Nada de eso! Yo no podia consentir en tal iniquidad. Oye. Ahora mismo voy á dar las órdenes necesarias á fin

de que esté un coche oculto cerca de la calle de árboles que hay detrás de esa tapia: y esta carta, (Saca una del bolsillo.) la entregas á uno de los tres hombres que lo acompañarán á Bicetre. (Jorge guarda la carta.)

JORGE. A la casa de locos?

MARQUES. Ese ha de ser el término del viaje. En cuanto á esa carta, el director general que es mi íntimo amigo, tan luego como la lea, alojará á Ricardo perfectamente, y jamás se descubrirán nuestras debilidades.

JORGE. Eso es otra cosa. Ingenioso es el medio. Esta vez, señor marqués, me habeis aventajado en perspicacia. Con todo sentiria que ese jóven por quien experimento particular inclinacion, acabe por espirar en la casa de locos.

MARQUES. No es mi ánimo que pase toda la vida en Bicetre: mas tarde lo hare trasladar á una colonia de América, con una pension para que tenga con que vivir el resto de sus dias. Olvidarás lo que te he dicho?

JORGE. Oh! no señor: perfectamente. Vuestros órdenes serán fielmente ejecutadas.

MARQUES. Pues vamos á disponerlo todo que ya va aprosimándose la hora. (Retirándose.) Creo que nuestro proyecto saldrá con toda felicidad, porque...

(Se van como siguiendo la conversacion, entrándose por el pabellon de la izquierda.)

ESCENA V.

JUSTINA.

(Sale por la derecha) No hay nadie: el señor Julio ya no puede tardar. Al cabo podré hablarle sin testigos. Antes de su enfermedad siempre me buscaba... Ahora parece otro. Está muy cambiado... ¿Verme con indiferencia! Oh! esto no puede durar mucho tiempo!.. Es preciso que me explique porque ha olvidado lo pasado! Qué motivos le he dado yo, para que se olvide de su Justina? (Suena un cuerno de caza y Justina escucha con alegría.) Es él! es él! muy pronto le veré. Con todo si ha de seguir indiferente á mis quejas... me contentaré con mi novio.

ESCENA VI.

JUSTINA, RICARDO. Algunos monteros.

(Ricardo y los monteros, en traje de cazadores, entran por la puerta del fondo.)

RICARDO. Pardiez, acabo de hacer una cacería que me honra. (*A los monteros.*) ; Qué tal?

MONTERO. En verdad, señor duque, que vuestra escopeta ha sido esta vez una de las mas certeras.

JUSTINA. (*Aparte.*) Ni una palabra! Ni una mirada!

RICARDO. Llevaos todo esto. (*Entrega á los monteros la caza y la escopeta y estos salen por la izquierda.*)

ESCENA VII.

JUSTINA, RICARDO.

JUSTINA. (*Aparte.*) No me ha visto siquiera. Es menester que yo empiece. (*Alto, acercándose á Ricardo que acaba de sentarse.*) Parece que venís fatigado, monseñor... No es extraño... porque haber pasado cazando todo el día...

RICARDO. Ah! sois vos... señorita... (*Como recordando el nombre.*) Señorita... Justina... ¿No es esto?

JUSTINA. (*Disgustada: aparte.*) Hasta mi nombre lo ha olvidado! (*Alto.*) Sí, señor Julio, Justina Dick, hija de uno de los conserjes á las órdenes del señor marques de Gouthier, vuestro tutor: y además... costurera del castillo... Me perdonareis que recuerde á monseñor todo esto... porqué... como parece haberlo olvidado... aunque otras veces...

RICARDO. (*Levantándose.*) Otras veces! ¿Qué quereis decir?

JUSTINA. Nada... no es por nada... Pero otras veces era vuestra Justinita... No encontrabais una bonita flor en el jardin, que no me la colocaseis con mucha amabilidad en el peinado... En las fiestas, empezabais y concluiais los bailes conmigo... Otras veces... pero nada... Como vuestra enfermedad os ha hecho perder del todo la memoria... no digo nada. Muy cambiado estais!.. Ya ni buenas palabras... ni flores... ni baile... ni... Oh! señor Julio... todo eso me entristece...

RICARDO. (*Tomándole la mano con amabilidad.*) Vamos, consolaos...

JUSTINA. Otras veces me deciais: «consuélate mi Justinita! »

RICARDO. (*Aparte.*) Parece que mi difunto hermano era muy cariñoso... Y es graciosa!.. Nada me habia dicho Jorge. (*Alto.*) Es verdad, mi Justinita, que te sobra razón para quejar-

te. Pero ya ves, estoy en vísperas de casarme... y no es extraño que...

JUSTINA. Ya! es verdad! vais á casaros: lo habia olvidado, señor Julio. Os vais á casar con una jóven muy hermosa y muy buena... Comprendo el motivo de tanta indiferencia. No puede haber comparacion entre Justina Dick, la hija de un conserje y la señorita Matilde Dorval, hija de un consejero del tribunal civil de Paris. Dicese que el amor todo lo iguala; pero, se conoce que el señor duque no conviene en ello.

RICARDO. (*Aparte.*) Me trata con bastante franqueza. Mi hermano era muy complaciente. (*Alto.*) ¿Y cómo sabes tú que la señorita Dorval es hermosa? La conoces acaso?

JUSTINA. Como que somos amigas desde la niñez. En todos sus cumpleaños la llevo un ramillete y me recibe como á una hermana... ; Es tan buena!

RICARDO. (*Con entusiasmo.*) Dices bien, Justinita: es un ángel, talento, gracias, hermosura, todo lo reúne. Es verdad, Justina, que el que posea su mano y su corazón debe contentarse por el mas feliz de los hombres?

JUSTINA. En efecto. (*Aparte.*) Se está burlando de mí.

RICARDO. Quiero que cuantos estén á mi lado participen de mi felicidad... Tú, sobre todo, mi Justinita, elige un buen muchacho, que sepa apreciar lo que vales, que yo te probaré como no soy ingrato. (*Aparte.*) Debo pagar las deudas de mi hermano.

JUSTINA. Mi eleccion está hecha. Me casaré con Gil, vuestro ayuda de cámara: no es buen mozo, pero en cambio es un tonto y será un excelente marido.

RICARDO. Euhorabuena: para darte otra prueba de estimacion dispondré que tu boda se verifique el mismo dia que la mia. Venga el último abrazo. (*La abraza.*)

ESCENA VIII.

JUSTINA, RICARDO, BERTRAN. Poco despues JORGE y varios criados.

JUSTINA. (*Dando un suspiro.*) El último abrazo!

RICARDO. (*Aparte.*) He debido decir, el primero.

BERTRAN. (*Aparte.*) Le gusta cazar en vedado! Los muchachos, son... lo mismo que los

ojos (*Se dirige á la mesa que está en la gloria.*)

JUSTINA. Bertran! No quiero que me vea. Vase.)

(*Entra Jorge. Algunos criados le preceden con botellas frutas y dulces que ponen sobre la mesa de la gloria. Otros traen candelabros con luces.*)

JORGE. (*A los criados.*) Bertran, que arreglen todo eso y retíraos. (*Visten la mesa con orden y se van.*)

ESCENA IX.

RICARDO, JORGE.

RICARDO. Qué es eso, mi buen Jorge?

JORGE. Considerando que á monseñor le será provechoso un refresco, despues del fatigoso ejercicio del día, he querido darle tan agradable sorpresa.

RICARDO. En verdad que adivinaste mis deseos. Te agradezco, mi buen amigo, el gran interés que te tomas por complacerme. (*Se dirige á la gloria.*) Ven, me harás compañía.

JORGE. Con mucho gusto, señor duque. (*Aparte.*) Todo sale á medida del deseo.

RICARDO. Estamos solos: escusa la etiqueta.

JORGE. (*Aparte sentándose.*) Daremos tiempo para que el golpe no se yerre. (*Alto.*) Tendré el honor de servirles. (*Le pone vino de champagne en una copa y despues llena la suya.*) Y tú, señor duque, como os encontráis en vuestro nuevo estado?

RICARDO. Ya lo ves: no puedo estar mas lleno de satisfacciones. Parezo habituado á la grandeza. La fortuna me sonríe bajo todos conceptos: he hallado en tí el mejor de los amigos, y ya ves...

JORGE. Gracias, monseñor. Os habeis familiarizado muy pronto con el nuevo género de vida que lleváis. Nadie ha dudado un momento de la legitimidad con que se os considera digno sucesor de los duques de Vroclin.

RICARDO. Ya lo he visto. Eternamente te estaré reconocido. Serás mas que un amigo, un padre para mí.

JORGE. Me honrais demasiado, señor duque. Enfad. (*Le sirve algunos dulces, y Ricardo le corresponde poniéndole otros.*)

RICARDO. No tengo otro disgusto, que el de no haber conocido á mi padre. Cuan feliz me sentiría, ¡oh, padre mio! si de vuestras ma-

nos recibiese la esposa que ha elegido mi corazon!...

JORGE. (*Aparte.*) ¡Pobre jóven! Mucho siento la desgracia en que voy á envolverlo, pero no hay otro remedio! (*Alto brindando.*) A la salud de la bella Matilde!

RICARDO. Tienes razon. (*Tocan las copas y beben. Ricardo vuelve á llenar las copas y brinda.*) ¡A la salud del mejor de los amigos!

JORGE. Gracias, monseñor. (*Aparte.*) Oh! esto es un sarcasmo! Ya quisiera haber salido de este negocio.

RICARDO. Sabes que soy el hombre mas ingrato del mundo?

JORGE. No os comprendo.

RICARDO. Habia olvidado esa desgraciada muger, que tanto tiempo me ha servido de madre. Precisamente esta es la primera ocasion desde que vivo en la opulencia que considero la miseria en que se hallará esa infeliz. Oh! nunca me perdonaré tan culpable olvido.

JORGE. Todo puede repararse, monseñor.

RICARDO. Sí. Le enviaré una gruesa suma, y le dispondremos una pension para que siempre tenga con que atender á sus necesidades. (*Se oyen algunos truenos lejanos.*)

JORGE. Si gustais, me encargaré de cumplir vuestros deseos.

RICARDO. Lo mas breve posible, amigo mio. Confio en tí.

JORGE. Descuidad, señor duque. (*Algunos relámpagos.*)

RICARDO. (*Levantándose.*) Parece que se prepara una tempestad. Nos retiraremos. Acompañame á mi habitacion, y gracias por tu obsequio.

JORGE. (*Aparte.*) Llegó el momento. (*Alto.*) Señor duque! (*Hace algunas cortesias y saca el pito.*)

RICARDO. Cuando estemos solos, trátame sin cumplimientos. Para tí siempre seré Ricardo Bley.

JORGE. (*Aparte lleno de zozobra.*) Cielos! que apellido ha pronunciado! Dios mio! (*Con ansiedad. Alto.*) Ese apellido de Bley, de quién le habeis tomado?

RICARDO. De Julia Bley: esa muger que yo amaba mi madre. (*Siguen los truenos.*)

JORGE. (*Disimulando la agitacion.*) Cuantos años teneis?

RICARDO. Porqué me lo preguntas, no lo sabes? Veinte años.

JORGE. Permitidme. Se aseguraba que ha-

biais nacido en Paris ?

RICARDO. En efecto. Pero no te entiendo.

JORGE. Recordais el nombre de la calle ?

RICARDO. Sí: en Paris, calle de san Luis, número 8.

JORGE. (*Lleno de sorpresa y procurando reprimir su agitacion.*) (*Aparte.*) Mi hijo ! Gran Dios ! ; Qué iba yo á hacer ! (*Alto.*) Nada : preguntaba, monseñor , por saber las consejas que se habian inventado acerca de vuestro nacimiento. (*Se dirigen por la izquierda.*) Tengo que disponer algunas cosas , permitidme que no os acompañe.

RICARDO. Sin cumplimientos. Te aguardo en mi gabinete de estudio. (*Saliendo.*)

JORGE. (*Le acompaña hasta salir de la escena.*) Está bien.

ESCENA X.

JORGE.

Oh ! Dios mio ! Encontrar al hijo de mi corazon y no poderle confesar que soy su padre ! Sí : es mi hijo ! Julia Bley era su madre... Nació en Paris calle de san Luis n.º 8. Allí los abandoné hace veinte años , cuando apenas tenia mi Ricardo ocho dias de nacido. ; Hijo del alma ! Por qué milagro de la divina providencia te salvas y me salvas del mas horroroso de los crímenes ! Es mi hijo , no puedo dudarlo... ; Oh gracias, Dios mio , se ha salvado ! ; Quién podría sospecharlo ? (*Siguen los relámpagos y truenos de tiempo en tiempo hasta el final del acto.*) ; Y yo mismo iba á servir de instrumento para que lo encerrasen en una casa de locos ?.. ; Pobre hijo mio ! Ya no sucederá... Ese imbecil marques me ha hecho juguete de sus perversidades.... No saldrá complacido.. Oh ! que idea ! ! Aquí tengo la llave de la puerta secreta que conduce al torreón en que está Julio. Resolvámonos, que poco puede tardar el marques y acaso quiera entorpecer mi obra. (*Toca el pito y se pone inmediatamente la careta. Entran poco despues tres hombres enmascarados : uno con una linterna sorda. Bertran asoma y se oculta.*)

ESCENA XI.

Enmascarados, JORGE , BERTRAN , oculto.

ENMASCARADO. 1.º Mandad.

JORGE. Por aquí. (*Abre la puerta que está practicable en las rocas.*) Subid al torreón :

apoderaos de él , tapadle bien la boca, llevadlo al coche y esperadme. Pronto. (*Entran los enmascarados.*)

ESCENA XII.

JORGE.

Tú , hijo mio , seguirás siendo el duque de Vroclin. Arrostrando por todo te sostendré en el puesto que posees. (*Se dirige al pabellon, toma una luz, saca una cartera, escribe con el lapiz. Poco despues salen los enmascarados con un hombre en brazos cubierto con una capa*)

(*Salen los enmascarados por la puerta del fondo. Deja de escribir : arranca la hoja de la cartera y la lleva á la mesa de la glorieta.*)

JORGE. (*Viéndolos.*) Aguardadme en el coche. Este papel , lo encontrará el marques que ya debe venir en mi busca. En él le aclaro lo que pasa. En cuanto á Julio, si no me deshago de él dándole la muerte , lo acompañaré hasta Bicetre, para asegurarme que no vendrá á turbar la felicidad de mi hijo. (*Se va , dejando el papel en la mesa, y cerrando con llave por fuera la puerta del fondo.*)

ESCENA XIII.

BERTRAN.

(*Entra con un cesto en la mano mirando con mucho miedo para todos lados.*)

Válgame Dios ! Ahora si que no me queda ya menor duda , que todos los diablos se han desatado de los infiernos ! Nada he podido entender... Ya se vé , la lengua de los demonios quien la entiende ? Jesus María y José. (*Per-signándose.*)

ESCENA XIV.

BERTRAN , EL MARQUES.

(*El marques entra con precaucion trayendo una linterna sorda.*)

BERTRAN. Ay ! Ay ! Ay ! Esa luz... Vuelven por aquí... donde me ocultaré... Padre nuestro que estás en los cielos (*Sigue rezando con voz baja.*) No, mas vale huir. (*Entra en la escena el marques.*)

MARQUES. (*A media voz.*) Si se habrá ido ! Jorge ! Eres tú, Jorge ?

BERTRAN. De parte de Dios ! (*Temblando y*

ESCENA XV.

EL MARQUES.

Veamos que querrá decir esto. Es letra de Jorge. (*Lee.*) «Confío al papel lo que hubiera «sido peligroso comunicaros verbalmente. Vuestro plan estaba mal concebido. Julio se hubiera vengado por el encierro en que le tuvimos.» (*Representa.*) Dios mio! ;Será cierto!.. (*Sigue leyendo con precipitación.*) «Os «dejo á Ricardo que firmará ciegamente cuanto «sea necesario para nuestra tranquilidad. En «cuanto á Julio me lo llevo y os respondo de «que no podrá jamás descubrir nuestros planes.» Gran Dios! que acabo de leer. Infamia abominable que solo el alma de ese bandido Jorge ha podido concebir. (*Se dirige á abrir la puerta del fondo.*) Si pudiera evitarlo... Ah! está cerrada! Vanos esfuerzos! ya no hay remedio! Desgraciado Julio!.. Pero ese crimen pesará sobre la conciencia de Jorge!.. Ah! tambien soy yo culpable!.. Cómo evitarlo? Jorge! Jorge! Detente miserable... Vuélveme al pobre Julio... (*Se siente el ruido de un coche que parte.*) Ese ruido! Oh! es el coche en que se llevan á ese infeliz. Pero andan en la cerradura de aquella puerta. Quién será? (*Jorge abre la puerta del fondo y se presenta enmascarado con una linterna sorda*) Ocultémosnos.

ESCENA XVI.

JORGE , EL MARQUES.

JORGE. (*Entrando.*) Recojamos el papel que escribí, no vaya á caer en otras manos. (*Se sorprende al notar al marques sin reconocerlo, y tira de un puñal.*) Quién vá?

MARQUES. (*Reconociéndolo.*) Jorge! y Julio!

JORGE. En la casa de locos. Encomendadlo á Dios!

MARQUES. Infame! Infame!

zando en voz baja.) Yo te perdono... Santa María madre de Dios.... Angeles y serafines cen santo... santo... santo...

MARQUES. (*Adelantándose.*) No me conoces? Se desemboza y presenta la linterna á Bertran que trata de escusar la claridad.) Quién tá ahí!

BERTRAN. (*De rodillas.*) Ave María purísima... creo en Dios padre todo poderoso... Por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa...

MARQUES. (*Lo reconoce*) Eres tú, imbécil? Qué haces ahí!

BERTRAN. Ah! sois vos, señor marques! Gracias á Dios...

MARQUES. Respóndeme; qué buscas aquí?

BERTRAN. (*Temblando.*) Como se presentó la tempestad, vine á arreglar la mesa de la orietta y á llevarme los restos del refresco. (*Se dirige á la mesa azorado.*) Ojalá no hubiera venido, porque... he visto unas apariciones...

MARQUES. (*Con interés y dando á entender poco empeño en saber,*) Eh! ¿Qué cuentos es ahí ensartando? (*Aparte.*) Si habrá visto algo!

BERTRAN. No es cuento... Es una historia... he visto como os veo á vos cuatro fantasmas y figura de hombres por esa roca... y volvieron... y se fueron, y entró otro... y vino... y salió. (*Sigue recogiendo las botellas.*)

MARQUES. (*Pensativo sin atender á lo último.*) Será posible! Ah! no. Jorge debe haber favorecido el rapto de Ricardo.... Pero donde estará cuando quedó en esperarme aquí. (*Alto.*) Cuidado. Y cuidado, señor visionario, con hablar la sola palabra sobre esos fantasmas que tú imaginas en tu cabeza.

BERTRAN. Os juro, señor marques. (*Con miedo.*) Aquí hay un papel... (*Temblando.*)

MARQUES. Un papel, á ver. Despejad. (*Lo tira á favor de la linterna.*)

BERTRAN. (*Yéndose.*) Santa María madre de Dios ruega señora por nosotros...

ACTO TERCERO.

El tribunal civil de Paris. — Al fondo una reja que atraviesa todo lo ancho del teatro, dejando ver mas al fondo otras habitaciones con puertas practicables en el centro. Á la derecha del espectador varios arcos, que figuran la fachada principal del edificio, que da á la calle. Á la izquierda, sobre la puerta de una habitacion, un rótulo grande que dice ESCRIBANÍA. En medio de la reja una puerta grande cerrada por la que hay comunicacion á una sala baja. En el ángulo derecho de la reja una puerta pequeña que conduce á una sala reservada.

ESCENA PRIMERA.

FANY, BETTY, UN LABRADOR. *Varios hombres del pueblo.*

(Al levantarse el telon, algunos hombres mezclados con Fany y Betty formarán grupos, empujándose como para ser los primeros en acercarse á la reja.)

HOMBRE 1.º Eh! ; Qué empellones son esos! Van à mirar con los codos!

HOMBRE 2.º Yo quiero ver tambien; que para eso vengo desde mi pueblo.

FANY. Que vais á ver: todavía no han abierto esa puerta.

HOMBRE 1.º Y porque se ha de abrir hoy tan tarde?

HOMBRE 2.º Qué hay de nuevo en el tribunal?

BETTY. Un infeliz, que han asesinado en el camino de Bourget, y lo tienen embalsamado á la espectacion pública para ver si se presenta alguno que lo conozca.

FANY. Hay tres semanas que está en la sala baja.

LABRADOR. Tres semanas que está en la sala baja? eso es imposible.

BETTY. Buen hombre, si digo que está embalsamado.

LABRADOR. Embalsamado! ; Y que quiere decir eso?

FANY. Que le han hecho una operacion los médicos, para que pueda conservar la misma fisonomía sin alteracion.

LABRADOR. Ah! Vaya, ya entiendo, pues es cosa que merece verse. *(Aparece Fermin por detrás de la reja.)*

ESCENA II.

Los mismos. FERMIN.

BETTY. Vamos: creo que van á abrir, por-

que veo al señor Fermin, el conserge del tribunal, que viene ácia nosotros.

HOMBRE 1.º Eh! señor Fermin: ; qué no se abre hoy esa puerta?

LOS DEMÁS. Sí... sí... Abrid ya!

FERMIN. Como se adelanta la gente! Allá voy! *(Abriendo la puerta de la reja.)* Ya podéis entrar. *(Todos se precipitan para ser los primeros.)*

TODOS. Eh! Déjeme en paz! A ver! á ver! *(Entran con precipitacion y bajan algunos escalones hasta que desaparecen.)*

FERMIN. Qué ansiedad para ver el rostro de ese desgraciado! Mucho es que despues de tres semanas de estar ese cadáver espuesto, no se haya presentado quien lo conozca. Si el señor presidente me hubiera dado permiso para cobrar dos sueldos por cada uno de los que vienen á verlo, ya habria hecho mi fortuna. En la sala reservada no hemos ido tan mal; como que á ella van las personas de campanillas, pues esas que llaman de alta clase, aunque no son mas altos que yo, bien puedo conceder que son de categoría los que me han metido en la mano las piezas de doce sueldos que santamente he recibido.

ESCENA III.

FERMIN, DORVAL, EL MARQUES.

(Dorval y el Marques, entran por los arcos de la fachada del tribunal, como continuando una conversacion, que parece haberse empezado ya.)

MARQUES. Asi, señor Dorval, no hallareis obstáculos respecto de ese contrato.

DORVAL. No, mi querido marques. El notario ha llenado todas las condiciones que de

uerdo propnsimos ; y los intereses de vuestro poilo y de mi hija , quedan enteramente á salvo. (*Sonriéndose.*) Desafío al letrado mas habil , á que encuentre en esta escritura , el mas pequeño motivo para un procedimiento.

MARQUES. Mucho me place haber concebido la idea de proponeres ese matrimonio ; por el que vuestra hija y Julio arraigan mas los vínculos de parentesco que los unen.

DORVAL. En cuanto á mí , aplaudo tan bien proyectado enlace y creo que esos jóvenes lo aceptarán con gusto , cuando se les ponga en reconocimiento.

MARQUES. (*Aparte.*) Oh ! ignoras que ellos lo saben ya. (*Alto.*) Yo respondo de mi pupo , mi querido consejero ; está tan impaciente que no podeis figuraros cuanto me ha precido para que hiciese este viage á Paris en vuestra busca ; nuestra llegada al castillo será para él el colmo de la felicidad suprema segun me repetia.

DORVAL. Esa natural impaciencia es buen precedente para la boda dispuesta. No haremos esperar mucho tiempo al joven duque. El contrato está ya corriente , solo faltan las firmas , dentro de algunas horas subimos en mi coche con Matilde y el notario , y esta misma noche estaremos en el castillo. Disimuladme entre tanto , señor marques , porque tengo que arreglar un asunto de mi ministerio.

MARQUES. (*Mirando á su redor.*) Hemos llegado al tribunal civil : estamos en él.

DORVAL. Sí , señor marques. Estoy encargado de la instruccion de una causa , relativa á cierto joven que se ha encontrado muerto á puñaladas en el camino de Bourget : y para salir de Paris , tengo que obtener el permiso del primer presidente y que mi encargo se le confíe á otro señor consejero.

MARQUES. Es el joven de que han hablado los periódicos ? Y no ha sido reconocido aun ? No se ha encontrado algun indicio que revele á la justicia las huellas del asesino ?

DORVAL. Nada absolutamente. Cuantas investigaciones se han hecho han salido infructuosas. No pierdo la esperanza de encontrar el hilo de este laberinto : se han publicado las señas de la víctima , y puede que algun pariente....

MARQUES. En efecto... No será extraño.

ESCENA VI.

DORVAL. EL MARQUES , UN CONSERGE DEL TRIBUNAL , FERMIN.

(*Fermin estará paseándose por el interior de la reja , mientras que en esta escena entran y salen algunos de los que se supone vienen á ver el cadáver.*)

CONSERGE. (*Saliendo por la gradería de la fachada exterior del tribunal.*) Señor consejero , iba á buscaros de órden del señor presidente.

DORVAL. Voy á ponerme á su disposicion. (*Al marques.*) Señor marques , si quereis acompañarme , pronto concluiré...

MARQUES. Gracias. Os esperaré : lo que he leído en los periódicos y lo que me habeis contado sobre el misterio que envuelve el asesinato de ese joven , ha despertado mi curiosidad , y quisiera verlo.

DORVAL. Enhorabuena , (*Llamando.*) Fermin ! Fermin ! (*Fermin se adelanta.*)

FERMIN. Señor.

DORVAL. Dirigid al señor marques de Gouthier á la sala reservada. (*Al marques.*) Desde allí podreis verlo todo perfectamente.

MARQUES. Gracias , mi querido consejero.

FERMIN. (*Aparte.*) Un marques ! Debe ser generoso , no hay duda. Veremos como se porta... Entonces sabré si es ó no persona de categoría... Algunas piezas de doce sueldos...

(*Fermin y el marques entran por la pequeña puerta practicable en la reja y desaparecen. El otro conserge del tribunal entra. El consejero Dorval se dirige á dentro á tiempo que sale por las gradas de la fachada exterior el doctor David.*)

ESCENA V.

DORVAL , DAVID.

DORVAL. Adios ! señor doctor !.. A propósito , se ha adelantado algo , despues de nuestra última entrevista ?

DAVID. Nada , señor consejero. Siempre la misma afluencia de personas de todas clases á contemplar el cadáver de ese infeliz , y siempre la misma duda. Sin embargo de que las facciones no han sufrido la menor alteracion , nadie lo reconoce.

DORVAL. Es cosa rara ! Está espuesto desde el mismo dia en que se le encontró... Mucho me maravilla... En fin aguardaremos...

DAVID. Es cierto lo que se me ha dicho; que dejais á Paris por algunos dias?

DORVAL. En efecto. Y lo siento, porque quisiera personalmente continuar las investigaciones de ese procedimiento. Pero me ocupa el matrimonio de mi hija... y ya veis, es preciso darle la preferencia... sobre todo es un partido muy ventajoso... como que muy en breve será mi Matilde duquesa.

DAVID. Duquesa! Brillante título, muy digno de la hermosura y talentos que todos reconocemos en vuestra hija. Y es matrimonio por amor?

DAVID. No: mi hija es la heredera de su primo: este casándose con ella la hace participar antes de los bienes á que tiene derecho: por consiguiente la boda es obra del tutor y mía.

DAVID. Os doy mi enhorabuena; y solo siento que por algunos dias, vuestro tacto, conocimientos y experiencia en los procedimientos criminales, nos falte para ese negocio de suyo tan oscuro.

DORVAL. Que queréis, mi querido doctor. La felicidad de mi hija es antes que todo: no puedo abandonar esta ocasion de ver á mi Matilde duquesa de Vroclin. Hasta luego. (*Entra en el tribunal.*)

ESCENA VI.

EL DOCTOR DAVID.

Duquesa de Vroclin! Ese nombre, trae á mi memoria ciertos recuerdos... En efecto... Ahora entiendo, porque el semblante de ese desgraciado no me era del todo desconocido...! Él estaba... sí... en el castillo de Vroclin... Ya recuerdo que fuí llamado para visitar al duque de Vroclin pero yo desesperé de su curacion... lo encontré casi en los últimos momentos de su vida... Llegaría á salvarse? Es verdad que le receté una medicina muy peligrosa... el écsito habia de ser milagroso Sin embargo, si es ese jóven, preciso es que se salvasse... Y como acaba de decirme el señor Dorval que su hija va á casarse con el duque de Vroclin? Qué confusion...! Yo he visto al duque moribundo... El semblante de la víctima...

(*Se queda pensativo.*)

ESCENA VII.

DAVID, JULIA BLEY.

(*Julia Bley entra por los arcos de la fachada y en traje de camino pálida y como sosteniéndose con mucha dificultad.*)

JULIA. Gracias, Dios mio! Al fin he llegado al término de mi viaje..! Quién podrá guiarme...? (*Advirtiendo al doctor.*) Ah...! señor perdonad...! Quereis decirme donde verá el cadáver de ese desgraciado, que segun los periódicos tienen aquí de manifiesto?

DAVID. (*Disgustado porque lo distraen de sus meditaciones.*) Por ahí.. Allá abajo, señora.. (*Observándola.*) Pero, qué teneis? Apenas podeis dar un paso....? Vuestro semblante demuestra que padeceis mucho. Sospechais acaso encontrar aquí la certeza de una desgracia..?

JULIA. Decís bien, de una desgracia, terrible! Oh! Lo habeis adivinado! Tres años ha, que mi único hijo me abandonó para establecerse en Paris. Sabia de él muy amenudo pero hace algunos meses que ni el consuelo de una noticia suya. Para mayor tormento, mientras empleaba cuantos medios me eran posibles á fin de averiguar su situacion, hace algunos dias que leí en una gaceta la relacion del horrible asesinato perpetrado en el camino de Bourget. Desgraciadamente las señas de la víctima convienen exactamente con las de Ricardo...! Oh! Dios mio! Dios mio!

DAVID. Calmaos, señora: acaso os equivocais. (*Aparte.*) Esta infeliz me vá interesando.

JULIA. Consideraos, señor, cuanto habré padecido! Se acabaron mis esperanzas..! Mi porvenir es muy horrible..! Vengo á recibir la última prueba de lo que me revela el corazón vengo desde Vendôme á convencerme de que soy en efecto la mas desdichada de las mugeres!

DAVID. No os desesperéis. Vuestro hijo, decís, que habia vivido tres años en Paris. En tan largo tiempo, ha debido tratar á alguna persona... estrechar relaciones con algun individuo, y el infeliz que está en aquella sala no ha sido reconocido por nadie, á pesar de ser muy numeroso el concurso de las personas que dia por dia vienen á examinarlo. Por otra parte, ese jóven parece que no ha vivido en esta ciudad, pues que fué asesinado á muchas leguas de distancia. Esto prueba que no puede ser vuestro hijo, de otro modo alguno como

endole hubiera roto el velo del misterio que le encubre.

JULIA. Oh! esas palabras son muy consoladoras! Repetídmelas por piedad! Pero ah! padre que he de concebir esperanzas que en breve temo ver desvanecidas! Oh! no sabeis que las señas son las de mi Ricardo? Dios mio! Dios mio! salgamos de tan terribles dudas.

(*Intenta seguir y vacila.*)

DAVID. Venid, señora: apoyaos en mi brazo. Os convencereis de la verdad. En semejantes circunstancias, no debo abandonaros.

JULIA. Cuanto tengo que agradeceros, buen señor! Ya que me dispensais la atencion de ayudarme; permitid que me disponga algunos instantes mas, porque necesito respirar. ¡sienten un calor sofocante...! temo ahogarme! Oh! este espectáculo, ese espectáculo de todos modos vá á desgarrar mi corazon... Cada paso que doy un temor nuevo se apodera de mi alma... La esperanza que me habeis alimentado se desvanece, si en ese desgraciado que voy á contemplar encuentro á mi hijo... Oh! perece sin duda...!

DAVID. Vamos, señora, calmad esa desesperacion; y tened en cuenta que dentro de pocas horas cierra aquella sala para el público, y entonces no podreis... Si no os llenais de valor y valéis, tendreis que esperar á mañana.

JULIA. Qué decís? A mañana! mañana! No, ahora mismo... yo no puedo esperar por mas tiempo... mis tormentos son muy grandes! Mañana, ya habria muerto tal vez. Sea cualquiera el destino que me esté reservado, quiero verle ahora mismo, y si es mi hijo abrazar su cadáver, y que una misma losa nos separe del mundo de la nada.

DAVID. Desdichada muger! Venid, señora.

(*David lleva apoyada en el brazo á Julia. Entran por la puerta principal y bajan hasta desaparecer.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUES.

(*Sale por la puerta pequeña de la sala recamada, lleno de agitacion y de zozobra.*)

¡Julio...! Mi pobre Julio...! Yo he contribuido á lanzarlo del castillo de sus padres, á que cayese bajo el puñal de un asesino...! Dios mio! No he podido contemplar por mas tiempo el cadáver de ese infeliz, que pide venganza

y que parecía acusarme ante todos los que lo miraban.... Oh! Dios mio! Qué horroroso espectáculo....! Jorge ha tenido la culpa. Sin duda es él el mónstruo que le ha arrancado la vida. Infame verdugo! Aunque me lo negaste, hoy mis presentimientos me engañan. No sé que secreto temor me advierte que ese malvado vá á perderme....! Qué remedio adoptaré para librarme de la horrorosa trama en que me ha envuelto? Cielos! el consejero.

ESCENA IX.

EL MARQUES, DORVAL.

(*Dorval sobre lo alto de las gradas que dan á la fachada y hablando á dentro.*)

DORVAL. Bien, señor presidente, mi delegado me comunicará lo que ocurra.

(*Baja al proscenio.*)

MARQUES. (*Aparte.*) Soy perdido si se descubre lo que pasa.

DORVAL. Ya me teneis á vuestras órdenes, señor marques. Siento haberos hecho esperar: y bien, habeis satisfecho vuestra curiosidad? ¿Qué pensais de lo que habeis visto?

MARQUES. (*Procurando ocultar su turbacion.*) En efecto, señor consejero. Se diria que ese jóven acaba de ser asesinado, no ha sufrido alteracion en el semblante...

DORVAL. A favor del bálsamo, hemos logrado que la corrupcion no se apodere aun de ese infeliz.

MARQUES. (*Aparte.*) Esta conversacion me asesina.

DORVAL. Creemos por ese medio descubrir el delincuente...

MARQUES. Contais con encontrarlo?

DORVAL. Lo espero. Regularmente el crimen tarde ó temprano denuncia á los culpables. Muchas veces, hemos desesperado de encontrar los agresores como en este caso, y despues se han hallado vestigios que luego se han convertido en pruebas muy patentes. Oh! los delitos por sí mismos concluyen por presentar á sus perpetradores!

MARQUES. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

DORVAL. Pero, señor marques, no es ocasion para que nos ocupemos de tan triste materia. Debemos pensar en la felicidad de Matilde y de Julio.... Acabo de obtener el permiso del señor presidente... Cuando gustéis...

MARQUES. Con que, nada impide que nos vayamos al castillo de Vroclin?

DORVAL. Nada. Vamos pues : deseo con ansia dar mi paternal abrazo á vuestro pupilo.

MARQUES. (*Aparte.*) Ese infeliz ya ha muerto. (*Se alejan por los arcos. Se oyen algunas campanadas de prevencion, para advertir que van á cerrar la sala en que se supone espuesto el cadáver de Julio. Todos los que han entrado van saliendo por la puerta principal.*)

ESCENA X.

FANY, BÉTTY, UN LABRADOR. *Gentes del pueblo.*

HOMBRE 1.º Ya van á cerrar.... Apenas he tenido tiempo de verlo.

HOMBRE 2.º Todo el cuello lo tiene dividido... Bien conservado está... Mañana vuelvo á ver si hay diferencia.

HOMBRE 1.º Mañana, ya no estará ahí.

HOMBRE 2.º Y porqué?

HOMBRE 1.º No has visto que aquella pobre señora que estaba con el médico del tribunal, y que miraba con tanto empeño las heridas del cuello, era su madre.

HOMBRE 2.º La madre del médico?

HOMBRE 1.º Vaya una torpeza! La madre del jóven. No habeis atendido, como esclamaba desesperada, «es él! es mi hijo!»

FANY. No: señores: despues que esa señora declaró que era su hijo, negó terminantemente que lo fuese... Parece que está en duda!.. La vista de una madre no se engaña! Además en un cuarto de hora, bien pudo cerciorarse.

BETTY. A no ser que cuando vuelva del accidente halle nuevas señales.

HOMBRE 1.º Yo creo que ese jóven no tiene padres conocidos.

FANY. A menos que sea hijo de la inclusa.

HOMBRE 1.º Bien puede ser.

(*La multitud desaparecc. Poco despues salen David y Julia Bley, Fermin detrás cierra la puerta con llave y se va.*)

ESCENA XI.

DAVID, JULIA BLEY.

DAVID. Aguardad, señora: ya que estais mas repuesta esplicadme...

JULIA. Qué quereis que os diga, señor? Qué podré añadir á lo que sabeis ya? A la vista de ese desgraciado, por lo pronto me pareció que era mi hijo, y estuve á punto de perder el jui-

cio! (*Aparte.*) ; Si será mi verdadero hijo! (*Alto.*) Despues, pasada la primera emocio lo consideré mas atentamente .. y estoy en la perplejidad mas espantosa.

DAVID. Poco despues de vuestra primera sorpresa, brilló en vuestro semblante una alegría que rayaba en locura.... Despues cambiaste del todo, y dominada por un nuevo asombro prorruipisteis en unas palabras cuyo sentido puedo y debo pedir que me espliqueis!..

JULIA. Unas palabras!.. Qué! qué he dicho yo?!!

DAVID. «Este era el otro!..» «Si, este era el otro!» Vamos decid..

JULIA (*Turbada.*) He dicho eso... ; Oh sí! He debido decirlo... porque en efecto... yo no sé que pensar... su semejanza era tanta!..

DAVID. (*Muy sorprendido.*) Señora, es necesario, en nombre de la ley que descubrais el punto ese misterio. Respondecme. Cuando me encontré aquí y os ofrecí serviros de guia, habia creido por vuestra ansiedad de madre, presenciando una escena de agonía: entrais conmigo, reconocéis el cadáver y lo llamais vuestro hijo un momento despues, vacilando pronunciando esas palabras cuyo sentido ignoro.... Y cuando no debe ser mi asombro, al advertir, que al volver de la calma á vuestro corazón, se apodera de vos una inquietud de distinto genero, repetís esas palabras «es el otro» es el otro» y caeis en mis brazos desmayada.

JULIA. Por piedad no me recordeis lo que quisiera olvidar enteramente. Oh! tened entendido, que es imposible vuelva el sosiego á mi alma. .. Estoy en una agonía devoradora ; Tal vez sea mi hijo! Ah! en estos instantes mi corazón padece... mi existencia se acaba... Disculpadme señor... Yo no sé si es mi verdadero hijo! Soy la mas desdichada de las madres!.. Oid mi historia y me compadecereis Sabreis entonces el secreto terrible de esas palabras, que se me han escapado en mi desesperacion.

DAVID. Qué misterio! Hablad, señora, hablad.

JULIA. Mi nombre es Julia Bley, Paris es la ciudad que me vió nacer: mis padres eran muy pobres, y yo les ayudaba con el trabajo de mis manos. Feliz en mi estado de medianía sin orgullo y sin ambicion, pasaba tranquilamente los dias en el seno de mi familia. Apenas habia cumplido diez y ocho años, empezé á galantearme un hombre de exterior amable

de palabras lisonjeras y halagadoras: ofreciéndome la protección, su mano y un porvenir de felicidad y de gloria. Pero ése hombre, causa de todos mis males, abrigaba un corazón muy comprimido. Una noche...; Oh, jamás he podido apartarla de mi memoria! Una noche en que volvia á mi casa para entregar á mis ancianos padres el mezquino sueldo de la semana, veía yo sola con el temor de que me amonestasen porque me habia tardado hablando con mis compañeras de costura, y al doblar una esquina siento que me arrebatan dos hombres disrazados, me tapan la boca y me meten en un coche que el vil seductor habia preparado. Voluntariamente fuí la víctima de los impuros deseos de aquel infame. Cuando habia perdido mi tranquilidad con este acontecimiento; cuando vivaba una vida de azares y de miserias, lamentando la falta de mis padres, que no pudieron sobrevivir á mi deshonor; cuando solo me quedaba ocho días que endulzaba mis penas la contemplación del fruto de mi desgracia, para el alma de iniquidad me abandona, robándome esta cuanto tenia de alguna estimación.

DAVID. Bárbaro!

JULIA. Quedé sola en el mundo con mi hijo, casi sin poderme valer para proporcionarle el sustento. Pocos días despues, se detuvo una tarde delante de la puerta de la humilde casa que vivia, calle de san Luis n.º 8, un magnífico coche. Bajóse de él un jóven y me dijo algunas palabras, que siempre tengo en la memoria. «Señorita, una persona casada clandestinamente con un hombre muy poderoso, pero que tiene graves motivos para ocultar su matrimonio, acaba de dar á luz un niño que no puede criar á su lado. Vos sois madre, consentid en seguirme y hacer lo que os diga y el oro, mucho oro será el premio de vuestra ciega obediencia.»

DAVID. Y aceptasteis?

JULIA. Mi miseria era tanta! Me alimentaban con caridad y yo no tenia valor para ver parecer de hambre á mi hijo. Consentí desde luego: las finas atenciones del desconocido, la bondad de alma, que revelaba su semblante y sus buenas palabras, me disiparon toda clase de desconfianza. Tomé á mi hijo en brazos y entramos en el coche. Andubimos toda la noche sin que se me dirijiera una sola palabra. Amanecer, el jóven que se habia portado conmigo caballerosamente, me suplicó consintiese en vendarme los ojos: no opuse resisten-

cia. Continuamos durante muchas horas por un bosque. Despues hicimos alto, el jóven me ayudó á bajar, y apenas habia caminado dos minutos, sentí apoderarse de todo mi cuerpo un frio glacial, esto me hizo sospechar que penetrábamos en algun subterráneo, despues subimos una escalera estrecha y tortuosa, y á los pocos minutos se me facultó para que me quitase la venda.

DAVID. Y que visteis?

JULIA. Cuando miré en mi redor me encontré en una cámara secreta que luego me convencí era de un castillo. Esta cámara tenia dos comunicaciones cerradas la una con un riquísimo salon gótico y la otra con un pasage subterráneo por donde entré.

DAVID. Y despues, despues.

JULIA. No tardé en convencerme que mi conductor era el dueño de aquel castillo y que el niño que se confió á mi cuidado era su hijo. Por una casualidad muy fatal para mí, casualidad que la naturaleza suele ofrecer de tarde en tarde, el niño de que me encargué tenia la mas perfecta semejanza con el mio... Oh, cuantas lágrimas me ha costado esa funesta circunstancia! Desde mi salida de Paris no habia sido mas que desgraciada, despues, oh Dios mio! fuí culpable. Esa coincidencia es el origen de todos mis tormentos. La ambición me sugirió un pensamiento, que no tuve fuerzas para resistirlo, veía ante mis ojos el medio de hacer la felicidad á mi hijo...

DAVID. Os comprendo desgraciada: osasteis sustituir vuestro hijo por el que se os encomendó?

JULIA. Esa es la falta que he llorado en silencio hace veinte años. Nada se opuso á la realización de un proyecto que me inspiró el amor maternal; porque yo, una pobre muger deshonrada y sin recursos no tenia nada que legarle á mi hijo: ví un porvenir brillante que el acaso ponía en mis manos, cerré los ojos á toda clase de consideraciones y puse á mi hijo Ricardo en lugar del que estaba llamado á la posesión de tan inmensa fortuna... Yo estaba loca, no preveía que para asegurar su felicidad tenia que renunciar á sus caricias, á su vista; tenia que separarme de él y tal vez para siempre. Consolábame la idea de que algun día podria recuperarlo... Por muchas precauciones que se tomen, me decia yo, por mucho misterio que lo rodee, tarde ó temprano descubriré el nombre de esa poderosa fa-

milia, encontraré ese castillo, y entonces, con que placer volveré á estrechar contra mi corazón á mi Ricardo, á ese hijo de mis entrañas. Podía hacerle mas, que el sacrificio de privarme de sus caricias! Cuantas veces he soñado en la soledad de mi retiro, que veía pasar á mi Ricardo dichoso y lleno de riquezas, que se lanzaba en mis brazos y me estrechaba diciendome, madre mia, madre mia, mi felicidad es tu obra; y yo entonces arrebatada de placer prorumpia, hijo mio, eres tú! ya puedo confesar que eres mi hijo!

DAVID. Y no se os ocurrió deshacer ese cambio? El arrepentimiento no os asaltó?

JULIA. Era muy tarde ya: cuando quise ya no era posible... Pocos dias despues del cambio me sacaron del castillo repentinamente del mismo modo que me habian llevado.

DAVID. Como se llama el que os condujo? El nombre del castillo?

JULIA. Siempre fué ese un misterio para mí.

DAVID. Pero, no empleasteis ningun medio para saber de vuestro hijo Ricardo?

JULIA. Todos fueron en vano. Algunos años despues que salí del castillo, dejé á Paris para fijar mi residencia en Vendôme, é irme á reunir con una amiga de la infancia. El niño que á los ojos de todos pasaba por mio y que yo educaba segun mis humildes facultades; me tenia poco amor, era insensible á mis caricias, escusaba mi vista, y cualquier objeto por insignificante que fuese lo preferia á estar á mi lado. En fin, un dia, habria tres años, huyó de la casa en que lo tenia aprendiendo á pintor, y desde entonces no le he vuelto á encontrar. Entendeis ahora el motivo de mi extraña conducta. Oh! la vista del otro es quien puede sacarme de la terrible duda en que me

hallo. Dios mio! Tened compasion de una pobre madre que os pide á su hijo!

DAVID. (*Aparte*) Esa extraordinaria semejanza... Ese duque moribundo que volvió subitamente á la vida... La relacion que esta infel acaba de hacerme... Oh, todo es asombroso cuando creo entender todo el misterio, vuelve una nueva duda... Esta mujer puede aclararla todas... El consejero partió para el castillo de Vroclin. No perderé esta ocasion de averiguarlo todo. (*Alto.*) Señora, convendreis en que hasta cierto punto, vuestro amor maternal hizo incurrir en una falta; pero todavía puede remediarse. Hay otras personas que son mas que culpables, criminales; y contribuyendo su castigo, acaso volvais á estrechar en vuestros brazos el hijo de que hace veinte años estais separada.

JULIA. Cielos! que me decís! sereis mi salvador, mi padre.

DAVID. Respondedme antes. Conservais vuestra memoria, algun motivo por donde conocer las habitaciones en que estuvisteis

JULIA. Perfectamente, no puedo equivocarme las.

DAVID. Conocereis la cámara secreta en que habitasteis y el parage subterráneo.

JULIA. Todo, todo, señor: pero, que queréis decir?

DAVID. Venid á secundar un descubrimiento importante que os sacará de las terribles dudas en que estais; puede que os devuelva vuestro hijo!

JULIA. Mi hijo! cielos! que escucho! Esto á vuestras órdenes.

DAVID. Venid, señora, venid!

JULIA. Pero á donde?

DAVID. Al castillo de Vroclin.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

Es la madrugada.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, VARIOS CRIADOS.

(*Entra el marques en trage de camino precedido de algunos criados: uno trae dos candlabros con luces.*)

dido de algunos criados: uno trae dos candlabros con luces.

MARQUES. (*A uno*) Despertad á Jorge, y que venga inmediatamente. (*El criado sale.*) U

llon! (El criado que ha puesto los candela-
ros en su lugar acerca un sillón.) Está bien:
felicidad. (Los criados se retiran.)

ESCENA II.

EL MÁRQUES. (Mirando el reloj.)

Las cuatro de la mañana! A buena hora he
llegado... Apenas puedo respirar... El desvelo,
inquietud, los remordimientos, no me per-
miten desde ayer un instante de sosiego... ¡Oh
Jorge! La mano del destino te ha colocado en
medio de mi peregrinación, para servir de pre-
jicio á mis debilidades... El nuevo delito á
que me has conducido, es el colmo de la de-
gradación... Infame! (Se sienta fatigado y re-
xivo.)

ESCENA III.

EL MÁRQUES, RICARDO.

RICARDO. (Aparte.) El marques ya de vuel-
ta. Ha venido solo! Mi inquietud es muy gran-
de... Es necesario que yo salga de tanta zozo-
ca... que me explique... (Se aproxima al
marques y dice en alta voz.) Señor marques!

MÁRQUES. Eres tú Jorge! Ah! sois vos! Vos
¡ah! ¿Qué no os habeis acostado esta noche?

RICARDO. No me ha sido posible. La carta
que me habeis dirigido ayer me confirma, que
el señor Dorval ha consentido en darme la ma-
de su hija...

MÁRQUES. Y bien?

RICARDO. En el colmo de la felicidad que
me ocupa, y que todavía me parece un sueño,
pero con la mayor ansiedad el momento
en que pueda demostraros mi eterno reco-
nocimiento, y que llegue la hora en que
me sea permitido contemplar la encantadora
matilde, cuya primera mirada fascinó mi exis-
tencia, de quien en breve voy á ser el esposo.
Sin embargo; os confieso, que experimento una
inquietud, un temor... Vuestra venida tan pre-
cipitada, me ha llenado de asombro... El señor
Dorval y Matilde debían llegar con vos, y ve-
is solo...

MÁRQUES. Tranquilizaos: el señor Dorval y
su hija, estarán aquí dentro de algunas horas.

RICARDO. Cuanto tengo que agradeceros, se-
ñor marques: además de los honores y fortuna
que me habeis restituido, me proporcionais

la felicidad mas grande que pudiera ámbicionar.

MÁRQUES. Si, Julio, mucho tienes que agra-
decermelo. (Aparte.) Si supieras cuanto padezco
ahora!

ESCENA IV.

EL MÁRQUES, RICARDO JORGE.

JORGE. Perdonad, señor marques, no os es-
peraba tan de mañana. Como la carta decía,
que llegaríais hoy al medio día!... Pero, ¿dón-
de están el señor Dorval, la señorita Matilde?

MÁRQUES. A nuestro coche se le partió el
eje á cuatro leguas de aquí; y ha sido neces-
ario demorarse algunos horas para la composi-
ción; y como yo tengo que haceros algunas
preguntas muy interesantes, tomé un caballo
y me he adelantado como veis.

JORGE. El señor marques, necesitará des-
cansar...

MÁRQUES. Os repito que tengo necesidad de
hablaros á solas.

RICARDO. Señores, os dejo en libertad de co-
municaros. (Aparte al retirarse.) Siempre con-
versaciones secretas.,! Siempre misterios!.. No
estaré tranquilo hasta que haya visto á Matilde.
(Vase.)

ESCENA V.

EL MÁRQUES, JORGE.

JORGE. Que desea el señor marques?

MÁRQUES. Sabe el señor Jorge de lo que se
ocupa París en este momento?

JORGE. El señor Jorge, confiesa humilde-
mente al señor marques, que ignora el asunto
de que se ocupa París en la actualidad.

MÁRQUES. (Ofendido.) Con que la concien-
cia del señor Jorge nada le hace sospechar...

JORGE. La conciencia del señor Jorge, no sé
que tenga que ver con París...

MÁRQUES. París no habla, no piensa, ni se
ocupa en otra cosa, mas que del asesinato de
un joven abandonado en el camino de Bourget.

JORGE. (Estremeciéndose y queriendo ocultar
su turbación.) Un joven abandonado en el ca-
mino de Bourget! Y que puede interesarme á
mí ese joven? No comprendo...

MÁRQUES. (Con ironía.) No comprendéis?...
(Con emoción.) Señor Jorge aunque me habeis
asegurado... El duque de Vroclin mi pupilo...

JORGE. Descansa tranquilo en el edificio de Bicetre.

MARQUES. Mi pupilo, miserable, ha muerto asesinado!

JORGE. Quien se atreve á asegurar...

MARQUES. Lo he visto...

JORGE. Lo habeis visto!!

MARQUES. Como tengo delante al agresor.... Jorge, tú eres el asesino de Julio Vroclin.

JORGE. (*Con frialdad.*) Pues que todo lo sabeis, de que serviria negar por mas tiempo.

MARQUES. Bárbaro! ¿has tenido valor para clavar tu puñal, en el corazon de un joven indefenso?

JORGE. ¿No lo teniais vos, para sepultarlo en una casa de locos? Yo he sido ménos cruel.. y sobre todo, menos imprudente que vos, señor marques. Tarde ó temprano, Julio hubiera venido á perdernos. Verdad es, que no temiamos una evasion, mas él hubiera hablado... ¿Se le habria tenido por loco, no es esto? Pero en fuerza de repetir que era el duque de Vroclin, no negareis que habria concluido por encontrar un protector oficioso, que estimulado por el interés de una recompensa, hubiera descubierto nuestro crimen. Esto fué indispensable escusarlo á lo ménos en cuanto á mí; y yo no hallé otro medio mas seguro, que borrándolo del padron de los vivos.

MARQUES. Acaso, cuando arrancó el coche de la calle de árboles del castillo, llevaba un cadáver?

JORGE. En efecto: Julio fué condenado á muerte y murió á mis manos: y si vuestros tres hombres hubieran cumplido con mis órdenes de lanzarlo al Sena con un buen peso atado al cuello, ni Paris se ocupara de ese asunto, ni vos me interrogárais de este modo.

MARQUES. Pero, porqué á pesar de mis órdenes inmolastes á mi pupilo en lugar de ese advenedizo?

JORGE. Porque ese advenedizo, si nó es vuestro pupilo, es mi hijo...!

MARQUES. Tú hijo!!!

JORGE. Mi hijo, con el que una buena casualidad me ha reunido.

MARQUES. Con que el duque de Vroclin, el único heredero de una casa tan noble, el esposo que doy á la hija del consejero del tribunal civil de Paris, es el hijo de un villano.

JORGE. Por mi desgracia, señor marques. Os consolareis, y lo que es mas, os avendreis á esa desproporción sin oponeros... porque no

podeis oponeros, es verdad? En cambio, estad con que Julio, el verdadero duque, tal vez habria hallado alguna partida de la data, e tachar é impugnar en las cuentas de la tut, y hubierais salido no muy bien librado, en el traspaso de la administracion al señor Dorval; mientras que por el contrario, el hijo de un villano, (que lo considerareis: porque es o que lo considerareis como tal verdadero duque de Vroclin), autorizará ciegamente cuanto s convenga, merced al agradecimiento que á s os debe, noble marques, y mas que todo r consideraciones á vuestro cómplice, su pa.

MARQUES. (*Aparte.*) Oh; todo eso es cie! Pero, que abismo veo ante mis plantas! Qué abismo! He aquí como la primera falta, a las puertas á toda clase de extravíos.

JORGE. Silencio! Viene alguien:

ESCENA VI.

MARQUES. JORGE. JUSTINA.

JUSTINA. Un señor vestido de negro, me a ba de preguntar si está en el castillo el se Dorval? Como le respondí que aun no ha llegado, ¿pregunta por el señor marques.

JORGE. (*Al marques.*) Algun amigo ó pariente de la familia de Dorval, que vendrá á testigo del matrimonio...

MARQUES. Quizás (*A Justina.*) Dile que p adelante.

JUSTINA. Está bien, señor marques.

JORGE. Os dejo, porque me interesa ver duque.

MARQUES. (*Aparte.*) Al duque!

JORGE. (*Aparte saliendo.*) El señor Dorval no puede tardar mucho... La hija tendrá s dudas por la ecsacta semejanza que hay en el esposo que se le propone y el jóven que salvó la vida... Bueno es recordar á nuest amante de la plaza real, que debe ser únic mente Julio, duque de Vroclin. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL MARQUES, JUSTINA.

JUSTINA. (*Intenta salir y vuelve.*) Señor marques, olvidaba deciros, que ese caballero r ha hecho algunas preguntas acerca del duque.

MARQUES. (*Sorprendido.*) Algunas preguntas acerca del duque!.. Y qué pretendia!

JUSTINA. Me preguntó, si hacia mucho tiempo que conocia al señor duque; si este habia siempre habitado el castillo: despues me habló de la enfermedad pasada, y en esto fué en lo que no pude decir una palabra porque en ese punto todo lo ignoro.

MARQUES. (*Aparte.*) Acaso me envuelva en mayores compromisos negándome á recibir á ese hombre... (*A Justina.*) Id á decirle, que puede verme cuando guste. (*Salc Justina.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUES.

Qué interés podrá tener ese desconocido para hacer semejantes preguntas?.. Vaya desechos toda sospecha. Cualquier cosa me sorprende... Acaso será mera curiosidad... ; Oh! que pueda estar un instante tranquilo! Que siempre esté rodeado de temores!

ESCENA IX.

EL MARQUES, EL DOCTOR DAVID.

DAVID. (*Saludando al entrar.*) Tengo el honor de que me recuerde el señor marques!

MARQUES. Cómo! El doctor David!

DAVID. El mismo, señor marques.

MARQUES. Como habia de echar en olvido al excelente médico, que ejerciendo la ciencia mas consoladora del hombre ha salvado de la muerte á mi pupilo.

DAVID. Os confieso señor marques, que nunca pude prometerme el feliz éxito que contaís. Cuando supe ayer que la hija del señor Dorval se á contraer matrimonio con el duque de Vron, tuve una sorpresa y una satisfaccion, que no no podeis imaginaros.

MARQUES. Segun eso, ayer fué cuando supo el señor doctor...

DAVID. Por el mismo señor Dorval. La casualidad de encontrarle en el tribunal civil de Paris á donde mis deberes me llamaban.

MARQUES. Al tribunal...

DAVID. Para lo relativo al asesinato misterioso que en la actualidad es la conversacion de todo Paris. El señor Dorval es el consejero á quien han encargado la formacion del sumario, como me comunicó su viage á este castillo donde lo llama el arreglo de la boda de su hija, he venido en su busca para participarle

antecedentes importantes respecto de la víctima de ese odioso atentado.

MARQUES. (*Con ansiedad disimulada.*) Y qué señor doctor, habeis encontrado...

DAVID. A una muger que casi lo reconoce por su hijo.

MARQUES. Por su hijo!!! Pues, su madre lo habrá reconocido...

DAVID. No se atreve á afirmarlo positivamente, pero yo creo que hay en ello algo de verdad.

MARQUES. (*Aparte.*) Respiro!!!

DAVID. Por vuestra parte, señor marques, creo que secundareis los deseos que todos tenemos de que se encuentren los cómplices para que espíen su crimen en un cadalso... Por consiguiente, espero que me permitireis presentarme en el castillo tan luego como llegue el señor consejero Dorval.

MARQUES. (*Aparte.*) Su preseneia puede serme muy útil. (*Alto.*) En nombre del señor duque y en el mio, podeis contar con un eterno reconocimiento, y sea cualquiera el motivo que os traiga á este castillo, estad seguro señor doctor, que sereis muy bien recibido. El salvador de mi querido Julio, siempre tendrá derecho á mi mayor aprecio. La llegada del señor Dorval, ha de ser de un instante á otro; y cuento con que me deis el gusto de esperarlo. Os suplico, que dispongais del castillo, como de vuestra casa; y que nos deis la satisfaccion, de servir de testigo en la boda de mi pupilo.

DAVID. (*Aparte.*) Bien... (*Alto.*) Os doy las gracias por tanta bondad, y acepto desde luego el honor que me dispensais. Permitidme, señor marques, que os pida una nueva prueba de aprecio: deseo hablar al señor duque cuanto antes... ya adivinareis fáilmente los motivos.. El médico que ha salvado un enfermo del sepulero, con dificultad se lo persuade, mientras no vé su obra.

MARQUES. Voy á buscar á Julio, en el momento quedareis satisfecho: estoy seguro que él tendrá por su parte tanto plaecer como yo cuando os vea, pues que sois su salvador, su segundo padre. (*Vase.*)

ESCENA X.

DAVID, JULIA BLEY.

(*David sigue con la vista al marques. y despues que este desaparece, llama á la puerta del salon de la izquierda.*)

DAVID. Entrad señora, entrad. (*Sale Julia Bley.*) Conoceis este salon?

JULIA. (*Despues de haberlo ecsaminado.*) Oh! Dios mio! Sí... este es el castillo donde dejé á mi hijo! La memoria no me engaña... Será posible que estaré cerca de él?... Allí ha de estar la puerta de la cámara secreta. (*Se dirige à la ensambladura.*) Sí... ved aquí el resorte... (*Abre la puerta.*) Lo veis?

DAVID. Justicia del cielo! Qué intriga vamos á descubrir... (*David siempre atendiendo à si vienen.*)

JULIA. (*Señalando à la habitacion del fondo.*) Esa habitacion está en el mismo estado que cuando yo vivia en ella. Hay un pequeño zaquizamí, á la izquierda de la alcoba donde oculté las dos cartas de que os he hablado.

DAVID. Esas dos cartas son de mucha importancia. Nadie viene. Tendreis tiempo para apoderaros de ellas... (*Julia entra en la cámara secreta.*) Con esas cartas, sabremos el nombre de los padres del jóven que esta señora vino á criar secretamente á este castillo, Oh! alguien viene! Dios mio! Si comprenden alguna cosa, todo se pierde.... Qué hare? (*Cierra la puerta secreta.*) No hay otro remedio.

ESCENA XI.

DAVID, JORGE.

DAVID. (*Sentándose en un sillón.*) Como ocultaremos esta inquietud!...

JORGE. (*Viendo al médico desde que entra y deteniéndose.*) Ese es el doctor que salvó al duque, lo que fue en efecto; pero que quiere verle, lo que no puede ser. Imprudencias de ese marques, que sin contar conmigo se adelanta, para esponerse á caer mas pronto en el abismo. No me gusta nada la venida de este médico... En busca de Dorval... Habla de una madre que ha reconocido á su hijo....! Si será algun lazo que nos venga á tender. Evitaremos que el señor doctor vea al duque y al señor Dorval, hasta que se haya firmado el contrato. (*Adelantándose.*) Señor...?

DAVID. (*Se levanta.*) Señor...?

JORGE. Vengo á preveniros de órden del señor marques, que el señor Julio con la impaciencia natural de conocer á su futura esposa, ha salido pora esperarla á la entrada del castillo... El señor marques ha creido de su deber acompañarlo, y me ha encargado que os

suplique le disimuleis... y que os conduza á la habitacion que os está destinada.

DAVID. (*Con recelo.*) Podeis dar las gracias al señor marques: no quiero incomodar... Prepararé aquí la vuelta del señor de Gonthier.

JORGE. Es que... esa vuelta, puede tardar algun tiempo... señor doctor, debeis estar algo fatigado del camino y siempre el desoso....

DAVID. Gracias...! Mil gracias...! Estoy muy bien en este sillón.

JORGE. (*Aparte* Qué interes podrá tener permanecer aquí...? (*Alto.*) Las órdenes del señor marques son tan formales, que yo no atrevo á desobedecerlas sin comprometerme. El señor de Gouthier quiere que seais tratado en el castillo como á él mismo. Voy á tener el honor de conducirlos á vuestra habitacion donde se os ha preparado cuanto podais necesitar.

DAVID. (*Aparte.*) No puedo resistirme por mas tiempo sin dar lugar á que este hombre sospeche... Tal vez sea este el mayordomo del marques... Pero y Julia Bley.... ya hallaré un pretesto para volverla á ver... (*Alto.*) Vamos señor: ya que así lo quereis, estoy á vuestras órdenes.

JORGE. (*Aparte.*) Se decidió.... Ya estás en mi poder! (*Alto.*) Señor... cuando gustéis seguirme. (*Se van.*)

ESCENA XII.

JULIA.

(*Abriendo con precaucion la puerta, y luego sale.*)

Ya cesó el ruido. Doctor! doctor! oh! donde estará? Me abandona, gran Dios! La puerta que dá al parque está cerrada.... imposible que pueda salvarme del peligro que me amenaza... Qué podré responder cuando me encuentren...? El señor doctor no debe abandonarme, él se interesaba tanto.... Siento pasos que puede ser otro.... aguardemos á que me llamen... (*Éntrase precipitadamente y cierra.*)

ESCENA XIII.

JORGE.

Ya al buen doctor lo tengo bajo mi poder... oh, soy un hombre astuto y prevenido! La

bitacion que le he dispuesto (*Saca una llave*) esta llave me responde de su seguridad. El señor médico del tribunal civil de París, no podrá salir del encierro en que lo tengo, sino cuando me parezca oportuno. Ola! Ya estan aqui todos. Era tiempo.

ESCENA XIV.

JORGE, RICARDO, EL MARQUES, MATILDE, DORVAL, JUSTINA.

DORVAL. (*A Matilde.*) Qué tal, mi querida Matilde? La viva emocion que has experimentado al encuentro del duque, la palidez de tu semblante ocasionada por su vista, me habia puesto en cuidado.

MATILDE. Tranquilizaos padre mio: me siento muy mejor. (*Aparte.*) Mientras mas lo miro, mas me convengo de que no es ilusion! El mismo...!

RICARDO. (*A Matilde.*) Señorita, soy muy agradecido! Mi mayor ambicion era asegurar vuestra felicidad, consagraros todo mi amor: y cuando tengo el placer de contemplar todos los encantos, os causa mi presencia una agitacion que destruyen mis esperanzas de felicidad.

MATILDE. (*Aparte.*) Su misma voz...! Sí, es él! Es Ricardo...! (*Alto turbada.*) Señor duque...

DORVAL. (*Con prontitud.*) Y vos mismo, señor Julio, cuando visteis á Matilde, no se os escapó un grito de sorpresa.... (*A Gouthier.*) Marques, esto es muy natural entre jóvenes que firman el contrato de su matrimonio, siendo así que se ven por la primera vez.

MATILDE. (*En voz baja.*) Señor duque: es la primera vez que nos vemos?

RICARDO. (*Balbuente.*) Señorita, no habia tenido aun la dicha de...

EL MARQUES. (*A Dorval.*) Vuestra encantadora Matilde tendrá necesidad de reposo: fiérsela á los cuidados de la buena Justina. El escribano que trajimos de París, nos espera en el gabinete: si quereis, iremos á la autorizacion del contrato.

DORVAL. Con mucho gusto. Matilde, te dejo con tu amiga de la infancia. (*Besándola en la frente.*) No dudes, hija mia, que tu padre solo se ocupa de tu felicidad!

MARQUES. (*A Ricardo.*) Señor duque, ¿quiereis acompañarnos?

RICARDO. Sois para mí un segundo padre! Demostraros por cuantos medios estén á mi alcance, el placer que me cabe en la llegada de la señorita Dorval, es mi único deseo: no puedo depositar en persona mas digna de mi confianza tan caros intereses. Os dejo, señores. (*Yendo á Matilde y besándole la mano.*) Matilde! En vos estriba mi felicidad y mi porvenir. (*Se aleja lentamente mirando siempre á Matilde.*)

MATILDE. (*Aparte.*) Matilde ha dicho! Qué miradas!! sus ojos estaban llenos de lágrimas! Es preciso que yo aclare este misterio..

(*El marques y Dorval salen por la puerta de la derecha: El duque por la de la izquierda. Jorge queda en un ángulo del proscenio.*)

JORGE. Ha tenido lugar la primera entrevista. La señorita duda... hay alguna indecision. Mi hijo está firme.... dentro de algunos minutos el contrato estará firmado... Vamos á ver al doctor... no conviene perderlo de vista.

(*Se vá.*)

ESCENA XV.

MATILDE, JUSTINA.

MATILDE. No puedo comprender lo que me pasa! Cuanto me sucede aumenta mas y mas el asombro... Será posible, que sea un efecto de semejanza...? pero Ricardo no erá duque de Vroclin! yo estoy absorta!!!

JUSTINA. Señorita, qué teneis, que estais tan pensativa? Sucede eso siempre que se vá una á casar?

MATILDE. Dime, querida Justina, Hace mucho tiempo que conoces al duque!

JUSTINA. Como que nos hemos criado juntos y nunca nos hemos separado.

MATILDE. Pero, el duque no ha estado algun tiempo fuera de este castillo?

JUSTINA. Rara vez ha salido... á partidas de caza: pero, nunca se ha quedado fuera... Oh! eso si, es muy arreglado.

MATILDE. No ha hecho viages á Paris?

JUSTINA. A Paris! ni por pienso: estoy bien segura de ello. A qué sé porqué me hacéis estas preguntas? Querriais saber si él ha tenido algunas relaciones amorosas? pues nadie os podrá responder sobre eso mejor que yo. Nada absolutamente. Ahora anda grave y pensativo: me dijo mas de una vez que me amaba: antes... mucho antes de su enfermedad; pero des-

pues cuando me encuentra: (porque habeis de saber que ya no me busca) me dice secamente: «buenos dias, señorita Justina;» como lo pasa V. señorita Justina? y... nada mas. Podriais explicarme una cosa que yo no he podido comprender? como es que sin haberos visto nunca, hace la pintura de vuestro caracter y todo... como si os conociese?

MATILDE. (*Absorta.*) Cómo! él me conoce?

JUSTINA. Pues, siempre hablaba de vos y nunca de mí... Yo me entiendo... despues de su enfermedad... porque antes, era todo lo contrario... jamás os habia mencionado?

MATILDE. Qué será esto? Estoy en un mar de confusion. El será el que me salvó la vida?.. Oh, Dios mio! cómo descubriré?.. (*Alto.*) Justina, mi querida Justina, quieres hacermi un gran favor?

JUSTINA. Mandad, señorita.

MATILDE. Id á ver al señor Julio y dile que me importa hablar con él un momento sin testigos, y que lo espero aquí.

JUSTINA. Al punto quedareis satisfecha. (*Aparte saliendo.*) Secretos para mí, que soy su mejor amiga... (*Va á salir y vuelve.*) Señorita, está cumplido vuestro desco, porque veo al señor duque que se dirige á aquí: podreis hablarle... en secreto.

MATILDE. Déjanos, Justina.

JUSTINA. Señor duque, os esperan... (*Vase*)

ESCENA XVI.

RICARDO, MATILDE.

RICARDO. Deseabais hablarme, señorita?

MATILDE. Sí, señor duque. En la estraña posicion en que me encuentro, necesito que me deis una explicacion que aclare todas las dudas que me asisten. Antes de decir á mi padre el motivo que ha originado la estraordinaria emocion que senti á vuestra vista; he querido abriros mi corazon, para que me respondais con la misma franqueza.

RICARDO. (*Aparte.*) Qué cesijirá de mí?

MATILDE. Nos vemos hoy por la primera vez?

RICARDO. Señorita, ya he tenido el honor de responderos...

MATILDE. Con voces cortadas que nada me han explicado... Pero aquí estamos solos... Decidme bajo palabra de honor. ¿No me habeis visto, no me habeis hablado hasta mi llegada al castillo de Vroclin?

RICARDO. Ah! ignoro que poderosos motivos impelan á cesijirme el empeño de mi palabra de honor para... una noticia...

MATILDE. Habeis de saber, que si he consentido en casarme con el duque de Vroclin es por obedecer el mandato de mi padre... su voluntad es de otro, y no me pertenece.

RICARDO. (*Aparte.*) Cielos! qué escucho!

MATILDE. (*Mirando fijamente al duque.*) He conocido un jóven que me ha salvado de una muerte horrible. Un joven sin fortuna, sin títulos, pero con una alma noble y generosa... Un jóven, que sin embargo de su humilde posicion, reusó de su padre la recompensa de una suma considerable, prefiriendo aceptar un simple anillo que yo usaba (*Ricardo oculta la mano.*) y á ese jóven... que me ama, porque debo creerlo, me lo ha jurado mil veces... á ese joven...

RICARDO. A ese jóven... (*Con ansiedad.*)

MATILDE. Lo adoro... lo idolatro!..

RICARDO. Cielos! será posible? Me conocéis?

MATILDE. Sí. Ah! sí... mi Ricardo!

RICARDO. Matilde de mi vida! (*Se abraza un momento.*)

MATILDE. Por qué encadenamiento de circunstancias te encuentro para colmo de la felicidad, bajo el esplendor de la corona ducal! ; Eres tú mi Ricardo?

RICARDO. (*Con entusiasmo.*) Sí, mi adorada Matilde: soy tu Ricardo, el duque de Vroclin. Ese nombre ilustre, esa fortuna inmensa que me es tan querida, porque voy á dividirla contigo, todo me pertenece. Largo tiempo he estado despojado del título y de mis posesiones; pero mi tutor, el marques de Gouthie dió fin á mis padecimientos. Un accidente estraordinario, sobre el que tengo empeñado formalmente mi palabra de no revelarlo, ha precedido á mi nacimiento. Pero despues que sepa vuestro esposo, lo sabreis todo, y vereis que el pobre Ricardo, hoy duque de Vroclin, es muy digno de vos.

MATILDE. Oh! dueño mio! Cómo me llenas de orgullo y de placer! Mi corazon es tuyo enteramente.

ESCENA XVII.

Los mismos. DORVAL, EL MARQUES, JORGE, JUSTINA, un notario, convidados criados.

MATILDE. (*Corriendo á abrazar á su padre.*) Padre mio, vuestra hija es la mas dichosa de las mugeres!!!

JORGE. (*Bajo al marqués.*) Ha hablado en secreto con el duque... Todo sale á satisfacción. Vamos, señor marqués... ánimo, calma... agría... algunos cumplimientos al pupilo y....

MARQUES. (*Aparte.*) Oh! cuánto sufro! Dios mio!

DORVAL. (*A Matilde.*) Has cambiado muy repentinamente, mi querida Matilde... la alegría se pinta en tu semblante.... y el duque mismo... Vamos, esto es maravilloso...

MATILDE. Ya lo sabreis, padre mio.

DORVAL. Ya no te intimida el casamiento?

MATILDE. No, padre mio... (*El notario se sienta á la mesa.*)

DORVAL. (*A los convidados.*) Señores: vamos á proceder á la autorizacion del contrato. (*Firma y da la pluma á Matilde.*) Como desposada tú debes firmar primero, mi querida Matilde. (*Matilde, despues de haber firmado, entrega la pluma al duque, este se dispone á firmar y se oye un gran ruido: todos se sorprenden.*)

DORVAL. ¿Señor doctor?

MARQUES. (*Aparte.*) Estoy perdido!!!

JORGE. (*Aparte.*) Oh! cómo podria escaparse...

MATILDE. Ricardo... ¡oh, Dios mio!!!

DAVID. En vano se me tenia encerrado, para que no pudiese presentarme ante vos, señor consejero: he vencido todos los obstáculos violentando la puerta, y á Dios gracias, puedo llegar á tiempo de advertiros que no permitais por ningun título, la celebracion de ese contrato, cuyas consecuencias pueden ser muy terribles.

JORGE. Cómo os atreveis á asegurar...

DAVID. El jóven asesinado en el camino de Bourget es ó Ricardo Bley, ó Julio duque de Vroclin: (*Señalando á Ricardo. Todos admirados.*) Este señor ignoramos quien sea.

JORGE. Y en qué descansais para atreveros á sostener tan ridicula paradoja?

DAVID. En el testimonio de una madre. (*Abre precipitadamente la puerta secreta.*) Venid, señora.

ESCENA XVIII.

Los mismos. DAVID.

David entra con precipitacion abriéndose paso por entre los convidados, y dice al duque.

DAVID. Detencos! ¿Con qué nombre vais á autorizar ese contrato, como Julio duque de Vroclin, ó Ricardo Bley?

RICARDO. (*Dejando caer la pluma consternado*) Cielos!

ESCENA XIX.

Los mismos. JULIA BLEY.

JORGE. (*Reconociéndola.*) Dios mio! Julia Bley!

JULIA. (*Reparando en Jorge*) Quién me nombra... Cielos! Qué veo!!! Es posible!!! mi seductor!.. El padre de mi hijo... (*Marca la demencia que la asalta.*)

ACTO QUINTO.

Gabinete secreto en el castillo de Vroclin. — Á la derecha una puerta oculta en la ensambladura que comunica con el subterráneo. — Al fondo una puerta que conduce á una sala principal. — Á la izquierda un bufete con recado de escribir. El gabinete lujosamente adornado.

ESCENA PRIMERA.

DORVAL, UN ESCRIBANO, ALGUNOS CRIADOS.

DORVAL (*Entra por la puerta secreta.*) Esta es la habitacion. Procederémos á la instruccion del señor escribano, y al efecto ved si el señor David puede venir. (*El escribano hace señas á los criados que lo acompañen y se vuelven á dentro.*)

ESCENA II.

DORVAL.

Mueha lástima tengo á la señora Julia! Pobre muger! si estará mejor...! Comprendo la causa del trastorno de su cerebro...Infeliz! Como habia de resistir á tantas emociones? Encontrar á Jorge, el miserable seductor que tan vilmente la abandonó..... No es extraño..... Ya

todo me lo ha explicado el doctor David... Á esa señora la persigue la desgracia. Con que en este castillo ha tenido lugar un cambio de niños, dé que ella ha sido heroina hace veinte años?... De las dos cartas encontradas en el zaquizamí, resulta que el anterior duque declara como trajo á su servicio á Julia Bley y que es cierta la historia que el doctor minuciosamente me ha contado: la misma Julia en los lucidos intervalos que tiene lo ratifica.... Segun tales antecedentes, el joven que me ha presentado el marques bajo el nombre de Julio duque de Vroclin, será el hijo de esa desgraciada y de Jorge el mayordomo del marques...? ¿No será el jóven asesinado en el camino de Bourget el legítimo duque de Vroclin? Todavía hay mucho que esclarecer en este asunto. La extraordinaria semejanza, conduce á creer que bien pudo efectuarse ese cambio.. pero y si no tuvo lugar? Ella aseguró que el muerto no era su hijo.. Despues ha vacilado.. está indecisa... Oh! este es un caos terrible, pronto desenlazarémos este misterio.

ESCENA III.

DORVAL DAVID.

DORVAL. Señor doctor.

DAVID. Os traigo otras importantes noticias, señor consejero.

DORVAL. Sepamos.

DAVID. No ignorais que la señora Julia Bley, no habia visto al joven que todos apellidan duque de Vreclin. Sabeis que cuando entró en la sala, fijó sus miradas únicamente en Jorge; os acordareis, que entonces su cerebro sufrió un trastorno general.

DORVAL. Desgracia que nos evitó el haber desvanecido las dudas que ahora tenemos.

DAVID. Despues me dejasteis, prestándola el socorro de mi facultad. Pues aunque todavia permanece demente con los lucidos intervalos de mayor duracion... sabed que posteriormente viendo desde la ventana del gabinete en que deseansa, al joven duque, ha exclamado, «¡ Ese es Julio, el niño que yo he criado! allí... allí... Ya lo reconozco, es el duque !!! y ha vuelto á caer en el delirio,

DORVAL. El duque! Ella ha reconocido á ese jóven por el que ha criado...? Eso no es posible... á lo menos yo no comprendo...

DAVID. En efecto, tambien la he dicho yo

lo mismo. Es imposible, señora... vues'ros ojos han engañado! Pero en medio del desórden de sus ideas me ha repetido con la mayor energia...«es él, lo reconozco...» Esto me ha causado una incertidumbre..... que no sé que pensar.

DORVAL. En Paris ha creido reconocer cuando vió el cadáver espuesto... Despues ha retractado...

DAVID. No sé que presumir: esto es un laberinto cuya oscuridad no permite que lo penetre la justicia humana. ¿Qué haremos en semejantes circunstancias?

DORVAL. Yo creo ya haber hallado el medio de salir con éxito de este caos. Pondrémos Julio en la presencia de esa señora y verémos entonces.

DAVID. No creo que el estado de la señora Júlia la permita esa nueva emocion.

ESCENA IV.

BERTRAN, DORVAL, DAVID.

BERTRAN. La señora Julia, que he dejado parecer muy tranquila, me ha enargado que llame al señor doctor...*(Aparte)* Ay! que cosas se ven en este mundo! Este castillo está dado á los diablos!

DAVID. Ya voy *(Al consejero)* si la crisis le ha pasado, dentro de un cuarto de hora estaré aquí con ella.

DORVAL. Hagamos la última prueba: Si ella no está en estado de reconocer al que se dice duque, este demostrará á lo menos si es ó no su madre, y entonces ya hallarémos salida á estos misterios.

DAVID. *(Saliendo)* Con vuestro permiso. *(Se vá por la puerta secreta)*.

DORVAL. Bertran, vete á avisar al marques de Gouthier que tenga la bondad de venir á esta sala.

(Entra Dorval en la alcoba.)

ESCENA V.

BERTRAN, RICARDO.

En el momento en que Bertran vá á salir, lo encuentra Ricardo.

RICARDO. Está ahí el señor Dorval?

BERTRAN. Acaba de salir: pero dentro de algunos instantes, estará de vuelta. *(Saluda y sa-*

Cuántas cosas! cuántas cosas!... Oh yo me voy crucés!!!

ESCENA VI.

RICARDO.

Ya es tiempo de que rompa tan culpable silencio: sí, lo confesaré todo al consejero. Perdí la mano de Matilde; pero habré cumplido con mi deber. Yo he sido vilmente engañado; he sido el instrumento de una intriga enorme; no debo por mas tiempo llevar un nombre que no me pertenece. Devolveré gusto el título y las riquezas... pero Matilde... ah, Matilde! Valor... obedezcamos al honor! Es mio! Con que vergüenza me presentaré ante el señor Dorval!! ¿Tendré la firmeza suficiente para confesarle que la intensa pasión que alimento por su hija, hizo que cerrase los ojos á la duda y me creyese el verdadero duque de Vroelin? ¡Oh! no se figurará que soy tambien un delincuente.—Escribámosle y huyamos en seguida de un lugar en que no encuentro mas, que el oprobio y la desesperación.

(Se sienta al bufete y escribe).

ESCENA VII.

RICARDO JORGE.

(Ricardo escribiendo.—Jorge sale por la puerta secreta sin ser visto de Ricardo.)

JORGE. Bertran no me ha engañado... Aquí él únicamente puede salvarme ó perderme (Se aproxima á Ricardo) ¿Qué haceis aquí monseñor?

RICARDO. Escribo al señor Dorval, y dejo el castillo.

JORGE. Que quiere decir eso?

RICARDO. Quiere decir, que revelo al señor consejero todo lo que ha pasado, y me voy á ocultar mi vergüenza y mi desgracia.

JORGE. Pues yo os digo que no escribireis nada, y que permaneceréis aquí.

RICARDO. Quién se atreverá á oponerse?

JORGE. Yo... Y en cuanto á la carta, mirad. (Se la arrebató y la hace pedazos).

RICARDO. Miserable! Infame!

JORGE. Silencio, no me llameis infame.

RICARDO. No eres tú, quien me ha envuelto en esta trama horrible; no eres tú la astuta cantante que fascinándome con esperanzas é ilusiones me condujo á que representase el primer papel en el teatro de vuestras perversidades; no eres tú, el buitre que desgarró mi corazón, arrancándome mi amor y mis enanos para precipitarme en un abismo?

JORGE. (Con frialdad). En que abismo habeis caído monseñor?

RICARDO. El doctor asegura que yo no soy el duque?

JORGE. Quién? ¿ese sabio doctor, que desconfía á los enfermos que contra su creencia se alzan del sepulcro; que no tiene otra prue-

ba que la muy despreciable de una muger imbecil, loca, que pretende reconoceros por su hijo? Creéis que no le haré arrepentir de un error tan grosero?

RICARDO. No... no... El médico lo sabe todo.. Pero, tú, tú, que pretendes todavía, con sostener una farsa de esta especie? respóndeme; soy el verdadero duque de Vroelin?

JORGE. (Con frialdad) No.

RIC. Y entonces ¿he sido el juguete de tus intrigas, de tus bastardos planes, de tus perversas tramas?

JORGE. Sí, y habeis servido en obsequio de dos personas.

RIC. De quienes?

JORGE. Primeramente, de vos.

RIC. Y despues?

JORGE. De vuestro padre..

RIC. Cielos! Quien es mi padre?

JORGE. A mi me lo preguntais!.. A mi!! nada os revela... no adivinais!..

RIC. (Aterrado) Dios mio!! ¿Qué sospecha! Oh! seria horrible... Callad... callad... no quiero saber quien es mi padre!..

JORGE. Y yo quiero que lo conozeais... tu padre, Ricardo...

RIC. No, no acabeis! Es imposible!! Yo no quiero creerlo!! Mi corazón me dice que es una nueva impostura... No, no es posible! No me arranqueis la última de mis ilusiones.

JORGE. Yo... soy tu padre!

RIC. Cielos! qué escucho! por piedad no lo digais á nadie... voy á llamar al consejero.

(Se levanta para salir).

JORGE. Ves en buen hora: tu padre irá á un cadalso!!!

RIC. (Deteniendose) A un cadalso! Oh! infeliz!

JORGE. Te puse en el lugar del duque que pasaba por muerto mientras respiraba todavía, uno de los dos debía perecer: á tí te habia cabido la suerte, pero nombraste el apellido de tu madre, conocí que eras mi hijo, y ese fué tu escudo de salvacion.

RIC. Y ese desgraciado, encontrado en Bourget...

JORGE. Ese es el duque...

RIC. Oh, Dios mio! Dios mio!

JORGE. Quieres tú conocer el asesino?

RIC. No... no... callaos por piedad.

JORGE. Enhorabuena: pero si revelas una sola palabra, si un instante no mas niegas que eres el verdadero duque de Vroelin, me maldas al patíbulo... Te advierto que no existe ninguna prueba, todo depende de tí. Tienes en una balanza, de un lado, los honores, las riquezas, la mano de la muger que adoras; y del otro la miseria, el oprobio, la vergüenza, la pérdida de tu amante y un patíbulo para tu padre. Elige.

RIC. Huid, huid..!! es tiempo todavía de que os salveis, yo tengo oro, tengo prendas de mucho precio: os daré todo cuanto poseo.

JORGE. La fuga..! Ese es un partido que me declararia culpable y desde luego la maldición de todos caería sobre mí. Permaneceré en este castillo, si mi hijo conviene en salvar á su

padre sosteniendo el puesto que nadie le desmentirá... todo lo arrostro por tu porvenir, por tu felicidad.

RIC. (*Con desesperacion.*) Por mi felicidad!

JORGE. Sí, hijo mio! pronto vas á verte ante el consejero, ante el doctor, ante tu madre, ¡Oh, tu madre!!!.

RIC. Mi madre!

JORGE. Que no debe ser para tí, sino una persona estraña. Si olvidas que eres el duque de Vroclin, cambias en el verdugo de tu padre. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

RICARDO.

Soy el hijo de un asesino!! ¡Oh, ilusiones de gloria, de riqueza y amor!... Soy el hijo de un asesino!... que existencia tan maldecida arrastro... (*Caminando á pasos precipitados*) Por mi causa ha perecido el legitimo duque. Por mi causa mi padre le quitó la existencia. Es verdad! guardaré silencio... Es menester salvarlo., renunciar al amor de una madre que me reclamará. ¡horrorosa situacion!.. ¿Y tendré fuerzas para sostener tantas imposturas? Perdóname, Dios mio, si tengo que cerrar mi corazon al mas dulce de los sentimientos. Salvar á mi padre, es el mas imperioso de mis deberes. Que escape á lo menos de la justicia de los hombres! yo despues abandonaré este castillo: volveré á Matilde todos los bienes porque á ella pertenecen, y me iré, cambiando de nombre, á buscar mi sepulcro en tierra estraña... (*Pausa.*) Cielos! que veo! El padre de Matilde. (*El consejero sale de la alcoba.*)

ESCENA IX.

RICARDO DORVAL.

DORVAL. (*Ap.*) Aquí está el jóven, el doctor no puede tardar (*Alto avanzando*). Parece que mi presencia os sorprende?

RIC. (*Turbado*) Confieso que no comprendo como habeis penetrado hasta aquí...

DORVAL. El señor duque ignora, que existe en esta parte del castillo una salida secreta que conduce al parque?

RIC. Una salida secreta! Es la primera vez..

DORVAL. (*Con ironia.*) Ignorancia muy natural en el señor duque, que probablemente no ha habitado siempre este castillo?

RIC. (*Turbado*) Qué quereis decir?

DORVAL. (*Con ironia*) Quiero decir, que como el señor duque no se ha criado en el castillo de Vroclin, porque tampoco en él ha nacido...

RIC. Dios mio! sospecha..! (*Alto*) Creia que el señor consejero supiese perfectamente lo contrario...

DORVAL. Asi lo pensaba en efecto: pero han nacido tales dudas...

RIC. ¿Y quién podria dudar?

DORVAL. Una persona, á la que podreis reponderle vos mismo.

RIC. Y esa persona?

DORVAL. (*Indicando la puerta de la otra cámara*) Aquí está. (*Julia entra conduciendo por el doctor*)

RIC. (*Aparte despues de haberla mirado*) Ella! Ella es! oh! mi madre.. ¡Dios mio, da me valor para desmentirla!

ESCENA X.

Los mismos, DAVID, JULIA BLEY.

DORVAL. Acercaos señora, y decidnos si vuestros ojos no os han engañado. ¿Es el señor niño que se os confió?

JULIA (*Ap.*) Yo tiemblo...

RIC. (*Ap.*) Prueba cruel!

DAVID (*A Julia*) ¿Qué decís?

JULIA. (*Mirando el semblante de Ric.*) Es é sí sí! Es mi Ricardo. (*Queriendo abrazarlo.*)

RIC. (*Ap.*) Qué sacrificio, padre mio! (*Al repeliendola*) Ricardo.. que decís, señora?.. No os entiendo.

JULIA (*Con viveza.*) Oh! la voz... sí, es la voz... es el mismo que hace tres años falta de mi lado... Ricardo, hijo mio, mírame! soy tu madre. Oh! respóndeme! ábreme tus brazos ingrato! ¿Con qué no eres tú? Yo estoy loca. Eres acaso el duque?

RIC. Señora...

JULIA. Señora! Con que, me repeles! ingrato!.. El esplendor en que te ves y la ambición que te domina, te oscurece que soy tu madre que te desprecias, porque vive en la miseria en el pueblo de Vendôme... ¡Oh, Dios mio! Sí, la desgracia te repugna. Dame hoy, un instante mas, el nombre de madre, y negaré á todo el mundo que eres mi hijo: me contentaré con decirme á mi misma... (*Ap.*) Solo me falta ya mi verdadero hijo!

RIC. (*Ap.*) Qué tormento sufro por tí, padre mio!

JULIA. Con que insistís en desconocerme... bien; quédate con tu orgullo, iré por el mundo mendigando el sustento mientras que mi hijo en la opulencia me niega la hospitalidad. Adias renuncio á los titulos que me ha dado la naturaleza (*Cae en los brazos de Ricardo y de Dorval.*)

RIC. (*Ap.*) Hasta cuando he de padecer con este terrible espectáculo ante mis ojos. Padre mio! Padre mio!!! cuanto me cuestas (*Alto*) Pobre muger! se conoce que ha perdido el juicio.

DORVAL. Y bien?

RIC. Soy el duque de Vroclin!

JULIA. (*Volviendo.*) El duque de Vroclin! Pero dónde está mi hijo? Oh! debo creerlo! (*Se apoya en un sillón.*)

DORVAL Á DAVID. Qué decís de esto, doctor?

DAVID. Que no comprendo nada absolutamente.

DORVAL. El marques nos aclarará algunos puntos...

ESCENA XI.

LOS MISMOS Y BERTRAN.

BERTRAN. Señor consejero, cumpliendo vuestras órdenes fui á llamar al señor marques. Lo encontré paseando por el parque y me dijo que quería estar solo: en seguida se encerró en su gabinete y cansado de esperarlo, vengo á desconsolado. (*Aparte.*) Que me emplumen si en este castillo no ha metido el diablo la pata.

DAVID. (*Bajo á Dorval.*) Voy á avistarme con él y hacerle venir. (*Vase.*)

JULIA. (*Aparte.*) Cielos! Donde estará mi hijo!

RICARDO. (*Aparte.*) Habré salvado á mi padre!!!

(*Vá á salir Ricardo, entra Matilde.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, MATILDE.

MATILDE. Deteneos, señor, y permitid que vuestra presencia revele á mi padre el secreto que hace mucho tiempo le reservo.

DORVAL. Qué quereis decir, Matilde?

MATILDE. Os acordareis sin duda, padre mio, de la gran emocion que me causó el señor, cuando me fué presentado bajo el nombre de duque de Vroclin?

DORVAL. En efecto, recuerdo la extraordinaria palidez de tu semblante...

MATILDE. Pues bien: es necesario que os diese que reconocí en el señor el que me salvó la vida en Paris el 31 de Mayo.

DORVAL. Es posible!!

JULIA. (*Aparte.*) En Paris!.. Oh! que escucho!

RICARDO. (*Aparte.*) Oh! Todo se ha descubierto! Dios mio!

MATILDE. Desde luego creí, que abusaba de vuestro credulidad; presentándose con el esplendor de ese titulo: pero apremiado por mis preguntas me enseñó el anillo que le dí en recompensa de su comportamiento, y convino en que es el mismo Ricardo y en que mas tarde descubrirá todo el motivo de ese misterio.

JULIA. (*Aparte.*) Ricardo ha dicho! Sí... Yo soy loca!...

MATILDE. (*Á Ricardo.*) Perdonadme, señor Ricardo, que no os haya cumplido la promesa que os habia hecho; pero en la posicion en que nos encontramos uno y otro, seria indigno del cariño de mi padre si hubiese callado por mas tiempo...

DORVAL. (*Á Ricardo.*) Qué respondeis á eso?

RICARDO. Que voy á cubrirme de oprobio á vuestros ojos, señor Dorval y á merecer vuestra desprecio. (*Aparte.*) Es el último sacrificio por mi padre.

DORVAL. Hablad

RICARDO. Ayer, señor consejero, ayer únicamente, ha sido la primera vez que he visto á vuestra hija... Este anillo no me pertenece.

MATILDE. Como! negais vos que yo misma os lo entregué?

RICARDO. Sí señora! La casualidad ha hecho

que venga á mi poder. Conocí por las preguntas que me dirijiais que era necesario inventar una farsa para llenaros de mas satisfaccion.... y no dudé en hacerlo puesto que ibais á ser mi esposa....! Tomad vuestro anillo, que no soy digno de llevarlo.

MATILDE. Pero... como es posible? esplicaos.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DAVID, SOLDADOS.

DAVID. (*Entrando con viveza.*) Señor consejero: un funesto acontecimiento...

DORVAL. Qué ha ocurrido, señor doctor?..

DAVID. Despues de haber llamado inútilmente á la puerta del gabinete del marques; con la ayuda de su lacayo, logré derribar la puerta y le encontramos sentado en un sillón, caída la cabeza sobre el bufete con una pluma en la mano que le habia servido para escribir las primeras líneas de un billete que la muerte no le permitió acabar.

Todos. La muerte!

DAVID. En vano quise administrarle algunos remedios, ya no era posible, ha muerto envenenado.

DORVAL. Envenenado! habrá algun culpable...

DAVID. Aquí está el escrito de ese infortunado. (*Se lo dá al consejero.*)

DORVAL. (*Despues de haberlo leído para sí. A los soldados.*) No hay que perder tiempo: conducidme á Jorge á mi presencia: cuidado que no pueda escaparse.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS Y JORGE.

JORGE. Y porque he de huir yo? De qué crimen se me acusa?

DORVAL. Lo sabreis ahora mismo. Un acontecimiento tan triste como inesperado acaba de suceder...

JORGE. (*Con mucha frialdad.*) La muerte del señor marques?

DORVAL. Lo sabiais ya?

JORGE. Viendo que no parecia; entré en su gabinete con el auxilio de esta segunda llave. Acababa de espirar, dejando sobre la mesa un billete apenas empezado en que me nombra. Hubiera podido sustraerlo y hacerlo pedazos; pero no he querido, porque deseo que todos los misterios se esclarezcan, que la verdad ocupe su lugar y que mi inocencia sea reconocida por todos. Esas líneas del señor marques habrán despertado vuestra curiosidad y dado origen á que se me desee interrogar. ¿No es esto? creo que no me engaño, señor consejero?

DORVAL. Recordais bien las últimas palabras trazadas por el marques?

JORGE. Perfectamente: sin embargo, tened la bondad de leerlas.

DORVAL. (*Leyendo.*) «Sucumbo á mis remor-

«dimientos; el veneno me libertará de la deshonra. Quiero emplear mis últimos momentos en relatar los acontecimientos que me han precipitado en el abismo. Los consejos de Jorge me han perdido. Ese es quien ha inventado, «preparado y ejecutado..» Hasta ahí llega porque la muerte no le permitió continuar.

JORGE. Y bien, vos señor Dorval, que habeis venido para firmar el contrato del matrimonio de vuestra hija, y que procedeis á una inquisicion judicial; vos señor doctor que renunciáis con tanta prontitud á socorrer vuestros enfermos; á qué ignorais porque el marques se ha dado la muerte? (*Momento de silencio*) Lo ignorais, es verdad? Pues yo os lo voy á decir. El marques se ha dado la muerte, porque habia malversado ó mejor dicho, robado á la fortuna de su pupilo quinientos mil francos.

DORVAL. Quinientos mil francos!

JORGE. Además el hecho es muy claro. Muerto el jóven duque, el marques debia rendir las cuentas de su tutela y su pérdida era forzosa, inevitable. Quise salvarlo, corrí á Paris en busca de un jóven sin padres, abandonado, cuya semejanza con el duque era tal que yo mismo me habia quedado sorprendido la primera vez que lo ví. En efecto, á favor de un narcótico lo traigo y sustituyo al duque que el doctor habia dejado por muerto, cuando resulta que contra la prevision y ciencia del médico ese jóven se salva... ¿que hacer entonces? Traslado á una cámara secreta del torreón del norte al duque moribundo, para que el nuevo pudiese representarlo: despues saco á este pasado algun tiempo y lo abandoné en el camino Bourget, dejándole algun dinero para que pudiese buscarse la vida. Todo lo que ha sucedido despues me es extraño. Este es el verdadero duque. Ahora que hayan muerto al otro, no quiere decir que yo sea el asesino. ¿Para que habia yo de cometer ese crimen? para que nadie me descubriese? no podia ser; porque él ignoraba quien lo habia sacado del castillo. No se asesina sin motivo, y ya veis yo no podia tenerlo.

DORVAL. (*Despues de un momento de silencio*) Y como esplicais el abandono de la señora Julia que os reconoce como el padre de su hijo y que su corazon maternal duda sea el asesinado en Bourget?

JORGE. Una muger se presentó en el tribunal civil de París; buscado su hijo: á la vista del cadáver allí espuesto esclama... es él! Es mi hijo! Despues duda, y acaba por no poder asegurar que lo sea. El doctor David contempla tambien el cadáver, y dice á su vez que le conoce, que lo ha visto en el castillo de Vroclin, luego vienen ambos, se introducen aquí secretamente: el doctor vé al duque y tiene su existencia por un misterio. La aparicion fantástica de la señora presenta nueva sorpresa, me vé y me toma por su seductor, por

el hombre que la ha abandonado... por el padre de su hijo (*Pausa*) esto es maravilloso! Yo, tener un hijo... que dicen ha caído bajo el puñal de un asesino y no revelarme nada el corazon... permanecer insensible... mi carácter de padre nada me hace sospechar... ¿ señores, será eso posible?

DORVAL. Pero, y si ese jóven que habeis traído aquí, y que habeis abandonado en el camino de Bourget se presentase á vuestra vista le reconocierais?

JORGE. (*Con firmeza*) Señores, yo estoy en mi entero juicio, y no puedo engañarme; ojalá que fuese posible estar á la presencia de la víctima de Bourget, que yo acreditaria hasta la evidencia que es el mismo jóven que traje á aquí. Desgraciadamente no es posible ..

DAVID. No es posible? Mirad!

(*Corre la cortina de la alcoba y se descubre un ataúd sobre una mesa y al rededor algunos soldados. David lleva á Jorge: Sorpresa general. Julia sale de su abatimiento.*)

JORGE. (*Aterrado*) Oh... Dios mio! Es él! es él!

RIC. (*Ap. en el ultimo grado de desesperacion*) Padre mio, padre mio!

JULIA. (*Ap.*) Apenas puedo respirar!

DAVID Á JORGE. Es el jóven desconocido que trajisteis al castillo?

JORGE. Sí, apartadme... no puedo verle.. por piedad!

DORVAL. Lo ratificais?

JORGE. (*Reponiendose*) Sí... Sí!

DORVAL. Entonces: ¿quién es el duque de Vroclin? Ese cadáver es el del advenedizo, segun decís: el advenedizo no es el niño que crió esta señora ni es su verdadero hijo, porque lo habia cambiado cuando estuvo en el castillo ..

JORGE. Cielos!! Que descubrimiento!! (*Aterrado. ¿ será posible?*)

DAVID. No hay duda en ello.

JORGE. Con que, el niño nacido en el castillo, lo cambió esa desdichada Julia Bley? (*Desesperado*) Oh! Dios mio!.. Dios mio! entonces (*Señalando*) Este es el verdadero Julio duque de Vroclin, y yo.. oh! yo... soy el hombre mas criminal del mundo... porque he asesinado á mi hijo...! soy un parricida ..! oh justicia de Dios!!.. En Bourget... he asesinado á mi hijo!

(*Todos aterrados.*)

RICARDO. Gracias, Dios mio! no soy el hijo de un asesino.

DORVAL. El mismo criminal se ha denunciado (*A los soldados*) Asegurad á ese hombre!

JULIA. (*Entra en la alcoba y se arrodilla*) Ah! este es mi verdadero hijo... cielos! (*cae desmayada.*)

JORGE. (*se arrodilla*) Ricardo, hijo mio, desde el trono del Señor, lanza una mirada de compasion sobre tus padres, y ten piedad de tanto infortunio.